

TEMA 1. DESCUBRIR QUIÉN SOY.

OBJETIVOS.

En esta unidad nos proponemos:

1. Saber dónde estamos: En qué etapa de nuestra vida nos hallamos y qué significa esta etapa.
2. Conocernos en profundidad: saber quiénes somos y qué estamos llamados a ser.
3. Saber adónde vamos: ver dónde buscamos la felicidad y anticiparnos a nuestro futuro.
4. Descubrir qué nos aporta la religión en esta búsqueda: apertura al sentido de la trascendencia, revelación del misterio de Dios y del sentido de la vida.

1. JUVENTUD, IDENTIDAD Y CRISIS DE SENTIDO.

Vivir es crecer, madurar, caminar. Así lo experimentamos, sobre todo, cuando llega la adolescencia o edad del crecimiento acelerado. Pero ¿tiene nuestro crecer un sentido o es un simple proceso biológico?

Hasta los 17 o 20 años crecemos. Seguimos madurando hasta los 40 o 50.. Llegamos a la cumbre y comenzamos a bajar hasta desaparecer bajo la muerte. ¿Qué sentido tiene entonces crecer, madurar, subir, sabiendo que a la mitad del camino iniciamos el descenso?

“Crecer, madurar, es el empeño característico de la juventud. En el ámbito biológico, cuando te detienes, cuando ya no creces, es señal de que comienzas a envejecer. Esta ley vale también para el espíritu, con la diferencia de que el espíritu no tiene límites biológicos de crecimiento. Precisamente por esta razón no puede envejecer” (Juan Pablo II).

Serás un hombre (R.Kipling).

“Si puedes ver destrozada la obra de tu vida,
y sin decir una palabra ponerte a rehacerla;
o perder, de un solo golpe, lo que ganaste en cien batallas,
sin hacer un gesto ni lanzar un suspiro;
si eres capaz de amar sin enloquecer de amor,
si puedes ser fuerte sin perder la ternura,
y al sentirte odiado, luchar y defenderte,

sin devolver el odio;
si consigues meditar, observar y conocer,
sin hacerte un escéptico o un amargado,
soñar sin que los sueños te dominen,
pensar sin ser más que eso, un pensador;
entonces los reyes, los dioses, la suerte y la victoria
serán siempre esclavos a tu servicio,
y lo que es mejor que los reyes y la gloria,
serás, hijo mío, un hombre.”

Cuestiones:

1. Ante los fracasos, ¿me hundo o me rehago? ¿no siento nada?
2. Ante las desgracias, ¿caigo en el victimismo o tengo entereza?
3. Ante el amor, ¿rindo menos en el trabajo, más o igual?
4. Ante la gente, ¿soy amable, distante o agresivo?
5. Ante el mal recibido, ¿me defiendo sin hacer mal? ¿soy capaz de perdonar? ¿O me siento dominado por el odio?
6. Ante la injusticia, ¿luchó? ¿O lo siento pero no hago nada?
7. Ante las grandes preguntas, ¿paso o me gusta pensar y discutir? ¿Me siento mal?
8. Ante los grandes ideales, ¿me río, me dedico solo a soñar, o me esfuerzo por mejorar la realidad?

Juventud, ¿tiempo de inquietudes y expectativas?

Según las encuestas, la mayoría de los jóvenes (el 70%) piensan, desean y actúan en términos de integración social, asumiendo los rasgos propios de la sociedad posmoderna, como:

Mentalidad consumista: La actual generación joven ha nacido y crecido en la sociedad de consumo, asumiendo de forma natural –sin conciencia crítica- la condición consumista. Los jóvenes ya no saben divertirse si no es consumiendo.

Individualismo pragmático: Los jóvenes de hoy han nacido y crecido en una sociedad con grandes cuotas de paro, donde cada cual se las tiene que arreglar por su cuenta para encontrar un trabajo que les permita mantener el nivel de consumo. Los jóvenes han asumido también este individualismo, que contamina los derechos y valores humanos como la libertad, la igualdad, la tolerancia, etc... dándoles un sentido individual y privado. Narcisismo como justificación de los egoísmos.

Vitalismo: como deseo de disfrutar de la vida aquí y ahora. Los jóvenes de hoy son hijos de padres que han visto incumplidas las promesas de felicidad del progreso; esto ha generado un deseo de vivir a tope el presente como el único tiempo verdaderamente valioso, pues el futuro parece incierto y sombrío y el pasado ya no interesa. Frente a la vieja moral de la austeridad y del sacrificio, la actual generación ha crecido en la nueva moral hedonista del deseo y del goce inmediato.

Nihilismo: (del latín nihil, nada). Se presenta como falta de fundamento, pérdida del sentido profundo, ausencia de proyectos y utopías, falta de horizontes, apatía; como actitud negativa, escéptica, radicalmente crítica y destructiva frente a los valores de la modernidad; en definitiva, como gran vacío que los más jóvenes llenan de “luz y sonido”, reduciendo toda la realidad a solo flas, a pura apariencia, cambio constante, moda, imagen, color, diseño, marcas, seducción, espectáculo, presencia externa, exhibición ostentosa incluso de la propia marginalidad.

Hoy, a nuestros jóvenes les sobran medios para vivir pero les faltan razones. La mayoría de los jóvenes nacidos en los países del bienestar no conocen más razones para vivir que tener dinero y divertirse. De esta manera confunden los medios de vida con los fines para los que se vive, y el resultado es la ansiedad, la insatisfacción, la decepción, la apatía....

El Evangelio les propone:

- *Buscad el Reino de Dios y su justicia y lo demás se os dará por añadidura (Mt 6,36).* En un mundo donde cada cual tiene que pelear por un puesto de trabajo, sabiendo que muchos quedarán en paro, ¿no es mejor trabajar por un sistema más justo?
- *La verdad os hará libres (Jn 8,32).* Frente al poder manipulador que se esconde detrás de muchas necesidades, aficiones, modas, gustos.... ¿no seremos más libres si desenmascaramos la manipulación y buscamos la verdad?
- *Amad a vuestros enemigos (Mt 5,44).* Frente a un mundo dividido en amigos y enemigos, el amor es la única fuerza capaz de vencer al enemigo convirtiéndolo en amigo.
- *Mi paz os dejo, mi paz os doy, una paz que el mundo no puede dar (Jn 14,27).* Frente a un mundo que se empeña en conseguir la paz con la guerra, no consiguiendo así más paz que la de los cementerios, el Evangelio nos ofrece la verdadera paz que llena de vida y alegría a los pueblos.

2. CONOCERSE A SÍ MISMO.

Significa:

- Tener conciencia de la propia existencia. Al ser humano no le basta existir como un objeto cualquiera o como “una cosa tonta”. Necesita saber que existe, que está aquí y ahora. Los objetos están ahí, pero no saben que están.

El ser humano es el único en el mundo que tiene conciencia de sí mismo. El que no tiene conciencia de su existencia es como si no existiera.

- Concebirse como sujeto, sentirse persona. El ser humano empieza a sentirse persona en el trato personal, donde experimenta confianza, aprecio, consideración de su dignidad, etc., donde uno deja de sentirse gente y se siente él mismo, deja de ser objeto y se convierte en sujeto.
- Saber para qué estamos aquí en el mundo. Cuál es nuestro papel, nuestra relación con las demás personas y con las cosas, nuestra relación con el más acá y con el más allá. Nuestro ser se revela en la apertura a los demás, en el diálogo, en el ejercicio de la libertad, en la acción, en la experiencia..., haciéndonos ver que somos seres con sentido, sociales, libres, creativos.
- Tomar conciencia de la propia singularidad. Cada uno de nosotros viene a este mundo como un ser original, irrepetible y único. Conocerse a sí mismo significa tomar conciencia de las propias cualidades, talentos, aptitudes..., y también de las propias limitaciones, carencias, servidumbres..., así como de las legítimas aspiraciones, ideales y vocación.

3. BÚSQUEDA DEL SENTIDO DE LA VIDA.

Cuenta un mito griego que Sísifo, legendario rey de Corinto, se rebeló contra los dioses, logrando encadenar a Thanatos (la muerte). Por ello, los dioses lo condenaron a empujar eternamente, ladera arriba de una montaña, un enorme peñasco, que siempre volvía a caer antes de llegar a la cima.

¿Es este el destino del hombre?

Para **A. Camus** la vida carece de sentido, todo es absurdo, discordante, disonante. Esta disonancia resulta de la confrontación entre lo irracional del mundo y el deseo desenfrenado de claridad, cuyo llamamiento resuena en lo más profundo del mundo.

Para **Shopenhauer**, entre la realidad y el deseo humano de felicidad existe una disonancia total, expresada maravillosamente en las artes, especialmente en la música. De acuerdo con la filosofía budista, mantenía que lo único real es el dolor. Por lo tanto, el deseo humano de felicidad es absurdo. La única salida es la resignación, el desapego del ego, la disolución de la individualidad y la inmersión en la nada.

Para **V.E. Frankl**, no es posible la salud espiritual si no se resuelve positivamente el problema del sentido de la vida. Cuando alguien pierde el sentido de la vida, pierde también la razón de existir y las ganas de vivir; y aunque sea psíquicamente sano, está espiritualmente enfermo.

4. SENTIDO DE TRASCENDENCIA.

Los grandes interrogantes humanos nos conducen a la religión; en ella los seres humanos encuentran el sentido último que ilumina toda la existencia; quiénes somos, de dónde venimos, a dónde vamos.

La religión se basa en la apertura del ser humano al sentido último que trasciende su capacidad racional, es decir, en la apertura a la realidad trascendente y absoluta.

Dios es un misterio y, como tal, es inaccesible al ser humano. No podemos alcanzarlo con los sentidos ni comprenderlo. Pero tampoco podemos prescindir de Él, ya que está en la entraña de nuestro ser. Dios es un interrogante que todos nos hacemos, una cuestión vital y trascendental, pues en ella nos jugamos el sentido de nuestra vida.

Pero si Dios es inaccesible, ¿cómo podemos reconocerlo? Dios se manifiesta no directamente, pero sí de forma indirecta por medio de realidades accesibles al ser humano. Dios se manifiesta en la naturaleza (astros, lluvia, montañas, ríos, paisajes...), en la historia (acontecimientos, personajes) y en la vida de las personas (nacimiento, enfermedad, muerte, esperanza, amor...).

Estas realidades sensibles adquieren un carácter simbólico: significan más de lo que son en sí mismas. Los símbolos son objetos perceptibles que representan algo imperceptible en virtud de su analogía o parecido interior: el sol no es una estrella sino un símbolo de Dios que alumbra la existencia; el cielo no es la atmósfera que rodea la tierra, sino símbolo del paraíso o estado de felicidad al que todos aspiramos.

Pero tampoco hay que confundir los símbolos de la divinidad con la divinidad misma, adorándolos como si fueran dioses (idolatría).

TEMA 2. HUMANISMO Y HUMANISMOS.

OBJETIVOS.

1. En esta unidad nos proponemos reflexionar, en primer lugar, sobre la **dimensión humana de la existencia**, tratando de descubrir el origen y evolución de lo que se ha llamado “humanismo”.
2. Después pasaremos revista a las diferentes **clases de humanismos o ideas humanistas**, emparejándolas como polos que se contraponen y a la vez se complementan.
3. Luego reflexionaremos sobre los diferentes **humanismos ateos**, intentando descubrir por qué ven en Dios un obstáculo para la autonomía y realización del ser humano y valorándolos críticamente.
4. Finalmente analizaremos el **humanismo cristiano**, tratando de reconocer y valorar sus ideas sobre la identidad y realización plena del ser humano.

Experiencia y reflexión.

En cierta ocasión se encontraba Buda meditando en la ciudad de Sávambi, en el Bosque del Príncipe Jeta. Había también allí numerosos chamanes, brahmanes y mendicantes de varias sectas, que sostenían diversas ideas sobre el ser humano. Unos opinaban: “EL alma es lo mismo que el cuerpo; esta es la verdad, y lo demás es falso”; y otros: “El alma es una cosa y el cuerpo otra; esta es la verdad, y lo demás es falso”. Algunos decían: “El alma humana es ilimitada y eterna; esta es la verdad, y lo demás es falso”. Y se peleaban y agredían, diciendo: “La verdad es así, la verdad no es así”.

Fueron a decirle a Buda lo que estaba pasando y Buda les contó esta historia: En otro tiempo, el rey de Sávatti mandó reunir a todos los ciegos de nacimiento y les mostró un elefante. A unos les mostró la cabeza del elefante, y les dijo: “Así es, ciegos, el elefante”. A otros les mostró la oreja y a los demás ciegos les fue mostrando otras partes del elefante. Y cuando hubo terminado, les preguntó: “¿Habéis visto el elefante?”. Y contestaron: “Lo hemos visto, Señor”. Entonces, decidme ciegos, ¿cómo es el elefante?.

Los ciegos que habían tocado la cabeza del elefante, dijeron: “Señor, el elefante es como un cántaro”. Los que habían tocado la oreja, dijeron: “Señor, el elefante es como un gran cesto para aventar el trigo”. Los ciegos que habían tocado el colmillo, dijeron: “Señor, el elefante es como un timón de arado”. Los que habían tocado el extremo de la cola del elefante, dijeron: “Señor, el elefante es como una escoba”. Y diciendo: “El elefante es así, el elefante no es así”, aquellos hombres empezaron a golpearse con los puños. (Atribuido a Rumi, sufí persa del siglo XIII).

Cuestiones previas:

1. *¿Qué quiso enseñarles Buda a sus discípulos?*
2. *Hoy no nos peleamos por defender las ideas de aquellos chamanes y brahmanes: ¿Qué ideas son hoy objeto de disputa y pelea?*
3. *¿Qué modelo de persona hay detrás de esas ideas?*
4. *¿Qué rasgos caracterizan más al ser humano?*

1. **El humanismo: concepto, evolución y características.**

El humanismo trata sobre la dimensión humana de la existencia, intentando dar respuesta a las preguntas sobre el ser humano y sobre el sentido de la vida.

El término “humanismo”, suele asociarse con el Renacimiento y, más concretamente, con el antropocentrismo propio de la cultura renacentista frente al teocentrismo de la Edad Media. El **humanismo renacentista** se caracteriza por el desarrollo de las cualidades humanas a partir del estudio de las obras clásicas grecorromanas, por el dominio sobre la naturaleza, por la autonomía de la razón frente a la fe, por el sentido de libertad e independencia frente a la tutela de la religión, por la acentuación de la dimensión crítica e individual de la persona.

En los siglos XVIII y XIX aparecen una serie de escritores que tratan sobre el ser humano y el sentido de la vida a partir de la filosofía, de la sociología, de la psicología y de las ciencias, influyendo poderosamente en las corrientes de pensamiento del siglo XX y dando lugar a diferentes tipos de humanismo moderno.

Antihumanismo.

Existe también una tendencia que niega la dimensión específicamente humana de la existencia, oponiéndose radicalmente al humanismo. Según esta tendencia, el ser humano no difiere cualitativamente de los demás seres que existen en la naturaleza. Consiguientemente, el ser humano:

- no es el centro del universo ni el protagonista de la historia.
- Es un objeto más de la naturaleza; por tanto, no tiene sentido hablar de “sujeto”, “persona”, “yo”, libertad, conciencia, responsabilidad, trascendencia;
- No es un fin en sí mismo ni tiene valor absoluto; por tanto, se le puede utilizar como medio para lograr otros fines.

Jacques Monod. Afirma (desde el campo de la ciencia) que el ser humano es un simple producto del azar y de la necesidad.

E. Morin. Aboga por una realidad vista como un **continuum** homogéneo, sin saltos cualitativos de la materia inorgánica a la orgánica, ni de esta a la vida animal, ni del animal al ser humano.

Pavlov, Watson y Skinner, (desde la psicología conductista), reducen toda conducta humana a una simple reacción ante un estímulo dado: estímulo y respuesta, y no hay más. No queda ya espacio para la libertad, la voluntad o el pensamiento.

M. Foucault (desde la filosofía) afirma que son las “estructuras” las que dominan al ser humano: estructuras lingüísticas, económicas, sociales, inconscientes. El individuo es como un tapiz: visto desde el derecho es como un ser personal, diferente y único. Pero si se le da la vuelta al tapiz, el revés muestra los hilos impersonales –las “estructuras”- que tejen y dominan la trama de nuestra vida.

L. Althusser (desde el estructuralismo marxista) afirma que los conceptos de persona, sujeto, libertad, razón, humanismo, etc., son simples mitos forjados por la burguesía del siglo XVIII, pues los hombres no son los sujetos de la historia; los individuos no son sujetos libres y constituyentes; obran en y bajo las determinaciones de las formas de existencia histórica de las relaciones humanas de producción y reproducción”.

Lévi-Strauss (desde la sociología) afirma que la sociedad está dominada por las “estructuras” y por las “operaciones inconscientes”; según él, lo único que cuenta son los factores impersonales, tales como el juego de las leyes económicas, las relaciones de producción, la lucha de clases, el desplazamiento y la colisión de las grandes masas anónimas, etc.. “Las sociedades humanas deberían ser estudiadas como sociedades de hormigas”.

Idealización-mundaneidad.

Filósofos existencialistas, idealista y racionalistas, insistieron machaconamente en que “el hombre es un **ser en el mundo**”. Estas ideas, que expresan la pérdida o evasión del mundo, pretendiendo reducir al ser humano a su interioridad o solo al alma.

“Estoy solo”, dice un personaje de **Beckett**. “ Porque, vamos a ver, ¿existes tú?, ¿existe la tierra que piso? No es posible saberlo.

El Segismundo de **Calderón** se preguntaba si todo no era sino un sueño.

Descartes afirmaba que solo podíamos tener evidencia absoluta de nuestros pensamientos.

Berkeley decía que el mundo que percibimos solo existe en nuestra cabeza.

El nuevo humanismo. Afirma que el mundo del ser humano es este mundo que vemos, palpamos y sentimos; el ser humano forma una sola cosa con su mundo.

Ortega y Gasset afirmaba: “Yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo”.

Nietzsche. Acusó al cristianismo de “negación del mundo” y llamó a los creyentes “trasmundanos”. En su obra más conocida, **Así habló Zaratustra**, hace una llamada en sentido opuesto: “¿Yo os conjuro hermanos míos, permaneced fieles a la tierra, y no creáis a quienes os hablan de esperanzas sobrenaturales! La tierra está cansada de ellos”,

Individualismo- Colectivismo.

Uno de los eternos problemas del pensamiento occidental es conciliar lo general con lo particular, el individuo con la colectividad.

Los filósofos idealistas alemanes, llevan a su colmo la primacía de lo general, universal y lo colectivo (Siglo XIX). Lo único real –dicen- es lo general, el espíritu o la idea. El individuo no es sino un “momento” del desenvolvimiento del todo.

El marxismo conecta con esta ideología, proclamando el Estado como el ser supremo, al que el individuo deberá sacrificar todo, hasta su propia vida si fuera necesario.

Max Stirner, ex discípulo de Hegel, defendió el individualismo más extremo posible: “Soy para mí todo, soy el único. Mi causa no es ni lo verdadero, ni lo bueno ni lo justo, sino lo mío. No es general, sino única, como yo soy único. No admito nada por encima de mí”.

El personalismo proclama la supremacía de la persona. Pero la persona no se contrapone a la sociedad, sino que se realiza justamente en la relación con los otros. **Martin Buber** afirma que la persona es “relación al otro”, no es un “yo”, sino un “yo-tú”, pues solo hay un yo si también hay un tú. El católico y existencialista **Gabriel Marcel** se expresa en términos parecidos. Y **Emmanuel Mounier**, fundador del personalismo, afirma que la persona no existe sin la comunidad ni la comunidad sin la persona; ambas se crean y enriquecen mutuamente.

Determinismo-Libertad.

El concepto de libertad –como el de “persona” y el de “historia”- es una aportación del cristianismo a la cultura occidental. Frente a la cultura griega, donde los seres humanos (y también los dioses) aparecen sometidos trágicamente a la fatalidad del ciego destino, el cristianismo proclama la libertad absoluta de Dios y la libertad relativa del ser humano. Sin embargo, en la Edad Moderna se inició un debate que ha puesto al descubierto la problemática de la libertad.

La concepción mecanicista de la naturaleza: El mundo funciona como una gigantesca máquina, siguiendo leyes necesarias que no dejan espacio para la libertad. **Spinoza** decía que no hay más libertad que la “aceptación de la necesidad”; nos creemos libres, pero solo por ignorancia: desconocemos las causas que nos mueven a actuar de un modo necesario. **El marxismo ortodoxo (materialismo dialéctico)** hace una formulación semejante: “La libertad e la conciencia de la necesidad”, solo existe la **libertad determinista y colectivista.**

Una defensa a ultranza de la libertad. **Sartre** habla de **libertad individual y absoluta:** “El hombre es un ser arrojado a la existencia”, “abandonado a sus propias fuerzas”. Pero según **Camus**, esta libertad total, sin ningún apoyo, se hace insostenible si se quiere llevar a la práctica: “El hombre tiene unas ansias ilimitadas de libertad que no puede realizarlas”; “es una pasión inútil”. También los anarquistas reclaman una libertad sin apoyo –sin autoridad, sin legislación, sin instituciones-, pero no individualista ni tan absoluta, sino colectiva: “Yo no soy libre sino cuando los que me rodean son también libres”; “mi libertad acaba donde empieza la de los demás” (**Bakunin**).

También hay quien defiende una **libertad personal y condicionada.** Los filósofos **personalistas** distinguen entre “libertad de” (que está limitada por la situación y circunstancia de cada uno) y “libertad para” (que no es un bien absoluto en sí mismo, sino una condición para la realización de otros valores). Un acto libre no se justifica en sí mismo, sino que está en función de los valores que realiza. En este sentido el Concilio Vaticano II proclama:

“La orientación del hombre hacia el bien solo se logra con el uso de la libertad, la cual posee un valor que nuestros contemporáneos ensalzan con entusiasmo. Y con toda razón. Sin embargo, con frecuencia la fomentan de forma depravada como si fuera una licencia para hacer cualquier cosa, con tal que deleite, aunque sea mala. La

verdadera libertad es signo eminente de la imagen divina en el hombre” (Constitución Gaudium et spes, 17).

Animalidad-Racionalidad.

Desde los griegos, el ser humano es concebido ante todo como racionalidad. En consecuencia, el ideal humano es vivir según la razón.

Platón valoró el amor, y que el cristianismo introdujo en Occidente la supremacía absoluta del amor (ambas corrientes, cristianismo y platonismo, confluirán en **San Agustín**). Pero el intelectualismo triunfó. Y se impondría aún más desde **Descartés**, para quien la persona es esencialmente “pensamiento”. La imaginación, las pasiones, los sentimientos, las emociones... eran considerados como fuente de error y de perturbaciones morales y psíquicas.

Como reacción al intelectualismo surgió el romanticismo y, más tarde, el “vitalismo”. **Nietzsche** popularizó la distinción entre lo “apolíneo” (de Apolo, dios de la razón, del equilibrio de las simetrías, de la arquitectura) y lo “dionisiaco” (de Dionisios, dios del vino, de la música, de la danza, del sentimiento pasional) y acusó a Sócrates de haber hecho triunfar lo apolíneo, y al cristianismo de haber seguido esta tendencia, enemiga de la vida. “Mi fórmula –escribe Nietzsche- es: Dionisios contra el Crucificado”. **Unamuno** insistió en “el hombre real, el hombre de carne y hueso, el que goza, sufre y tiene hambre de inmortalidad”, reaccionando así contra el cientismo y el racionalismo. Así mismo, **Ortega y Gasset** se opone al pensamiento griego, que otorga la primacía al ser (“pura abstracción”) y afirma que la realidad radical y “el tema de nuestro tiempo” es precisamente la vida.

Cuerpo-alma.

La cultura moderna ha heredado también de los griegos esta visión dualista de la persona. Fue **Platón** quien mejor reflejó este dualismo, considerando el cuerpo como la cárcel del alma e impedimento para alcanzar la verdad: “El hombre debe desear morir para abandonar este cuerpo”.

Esta visión negativa del cuerpo se infiltró en el cristianismo y, a través de él, en la cultura occidental. Pero ni **Aristóteles** ni **Tomás de Aquino** ni muchos pensadores medievales opinaban así, ya que el cristianismo siempre valoró el cuerpo, este cuerpo que ha de resucitar.

En la época moderna se ha insistido en el valor de la corporeidad: “Yo no tengo un cuerpo, yo soy un cuerpo”. Pero esta expresión es ambigua: “Soy algo más que cuerpo, soy también espíritu”. La escuela (fenomenología) de **Husserl**, los existencialistas y los personalistas cristianos han insistido en este punto de vista. El Concilio Vaticano II realza la unidad del ser humano:

“En la unidad de un cuerpo y un alma, el hombre, por su misma condición corporal, es una síntesis del universo material, el cual alcanza por medio del hombre su más alta cima y alza la voz para la libre alabanza al Creador (Constitución Gaudium et spes, nº 14).

Para nuestros teólogos, se encuentran en los evangelios no pocos términos que suelen traducirse por otros aparentemente equivalentes en nuestra lengua, pero que, en realidad, en la cultura semítica en la que escribieron o en la que se inspiraron los evangelistas tenían un sentido bastante diferente.

Así, **Cuerpo**; (sòma). Para empezar, y aunque parezca sorprendente, puede decirse que, tanto en hebreo como en griego, el sentido primario de las palabras que se traducen por “cuerpo” es el de “persona humana”.

De hecho, el sentido de “cuerpo” como “persona” aparece en Grecia ya en el siglo V a.C. Fue más tarde cuando surgió la idea del cuerpo como distinto del alma, como lo mortal en cuanto distinto del alma inmortal, idea desarrollada por Platón.

Los estoicos siguieron manteniendo la dicotomía de alma y cuerpo o de alma y carne. El desarrollo ulterior de estas ideas, junto con las del neoplatonismo en general, llevó a una devaluación del cuerpo por oposición al alma.

En cambio, si se examina el Antiguo Testamento, no se encuentra un equivalente hebreo de la idea griega del cuerpo como contradistinto del alma. En la traducción griega de los LXX, la palabra **sòma**, como la hebrea **basar**, denotan al hombre, y esta última incluso a la humanidad; ambas pueden significar cadáver pero su sentido básico es el de “individuo humano” o “persona”.

Según el Antiguo Testamento, también los ángeles tienen “cuerpo” (Ez 1,11: “otro par de alas les cubría el cuerpo”; Dn 10,6: “su cuerpo era como crisólito, sus ojos como un relámpago”); “el cuerpo, por tanto, no sugiere la idea de una esfera terrena en contraste con una celeste. Y no existe en el A.T ningún dualismo que oponga el alma o la mente al cuerpo como algo de más alto valor.

Con el tiempo, también el A.T fueron cambiando las ideas sobre el cuerpo, como aparece en los libros de los Macabeos y en el de Sabiduría, que reflejan la concepción helenística de la distinción entre alma y cuerpo y la depreciación de éste (Sap 9,15: “porque el cuerpo mortal es el lastre del alma”).

En la literatura judía intertestamentaria se constata estas dos influencias.

El Nuevo Testamento (N.T) continúa las concepciones de épocas anteriores, pero aparece en él particularmente el significado de “cuerpo” propio del A.T. Por eso “el cuerpo” /en griego, sòma) denota ordinariamente al hombre entero, a la persona. Puede decirse, de hecho, que en el N.T el hombre no “tiene” cuerpo, “es” cuerpo. En efecto, “el cuerpo” denota al hombre como individuo designable e identificable, como sujeto y objeto de actividad y de comunicación. En breve: “el cuerpo” es el hombre en cuanto capaz de acción y de relación.

“El cuerpo” de Jesús es, por tanto, Jesús mismo. En Jesús reside la gloria de Dios (= el Espíritu); por eso “su cuerpo”, es decir, su persona, es el nuevo santuario que sustituye al antiguo (Jn 2,21: “él se refería al santuario de su cuerpo”). Jesús “levantará” ese santuario, el de “su cuerpo”, al que sus enemigos habrán dado muerte (Jn 2,19); es decir, después de su muerte seguirá manifestando su presencia y actividad. “Levantarse de la muerte” significa en el Evangelio de Juan entrar en el estado humano final, el de “cuerpo”, que, libre de la limitación de la “carne”, conserva su individualidad y permite la acción y la presencia. En la eucaristía, el pan/cuerpo denota la persona de Jesús.

No hay existencia humana “sin cuerpo”, ni aún después de la muerte (1 Cor 15,35.44), aunque el cuerpo futuro no será animal, es decir, no de carne y hueso (lit. “carne y sangre”, 1 Cor 15,50), sino espiritual (15,44.46). Con esto se significa que el hombre conservará su identidad después de la muerte y que será capaz de actuar y comunicar.

De los datos expuestos se deduce que la traducción constante de sòma por “cuerpo” da origen a frases que pueden ser mal interpretadas. Así en Mt 6,22s “el ojo es

la lámpara del cuerpo”, se trata evidentemente de la persona; es ésta, no el cuerpo, la que goza de la luz o está sumida en la oscuridad. En Mt 26,12: “Cuando ella derramaba el perfume sobre mi cuerpo (el de Jesús)”, se rendía homenaje a la persona; Mt 27,52: “Muchos cuerpos de santos que habían muerto, resucitaron”, se trata de personas muertas que vuelven a la vida.

A veces predomina el sentido físico, como en Mt 10,28 “matan el cuerpo” en el sentido de “suprimen la vida física de la persona”.

El significado de “cuerpo” como “persona/individuo” es muy frecuente en los escritos paulinos. Así, en Rom 6,6: “el cuerpo del pecado” significa “el individuo pecador”; 6,12: “No reine más el pecado en vuestro cuerpo mortal”, es decir, “en vuestro ser mortal”; 7,24: “¿Quién me librerá de este cuerpo de muerte?”, quiere decir, “de este ser mío, instrumento de muerte”; 8,23: “Ofreced vuestros cuerpos como sacrificio vivo”, “ofreced vuestra existencia”.

La Carne. La carne no es solamente un componente del hombre, sino ante todo el hombre como tal (Sal 63,2; 54,3).

Para el A.T, el hombre, en su esencia, “es carne” (para los griegos, “tiene carne”); la “carne” significa el hombre en cuanto es transitorio, vulnerable, sujeto a enfermedad, miedo, muerte (debilidad física) (Sal 78,39: “Recordando que eran de carne, un aliento fugaz que no torna”).

“Toda carne” designa a toda la humanidad en cuanto mortal, todos y cada uno (Job 34,15: “Expirarían todos los vivientes [toda carne], y el hombre tornaría en polvo”). En el Nuevo Testamento los autores utilizan carne en varios sentidos:

- a) La carne de un cuerpo animal o humano (1 Cor 15,39: “Todas las carnes no son lo mismo: una cosa es la carne del hombre, otra la del ganado, etc.”) o el organismo del hombre (Gál 4,13, “debilidad/enfermedad de la carne”, es decir, “enfermedad corporal”).
- b) El ser humano, acentuando más o menos, según los contextos, su condición débil y caduca (Mc 10,8, “Serán los dos un solo ser [una sola carne]”; 13,20: “No se salvaría ningún mortal [toda carne]”; Hch 2,17: “Derramaré mi Espíritu sobre todo mortal [toda carne]”).
- c) En oposición a “espíritu”, significa la condición humana débil (Mc 14,38: “El espíritu es animoso, pero la carne [la condición del hombre] es débil), y, en los escritos paulinos, la debilidad moral, los bajos instintos que inducen al hombre al pecado (Rom 8,6: “Los bajos instintos [la carne] tienden a la muerte; el Espíritu, en cambio, a la vida y a la paz; Gál 5,17: “Los objetivos de los bajos instintos [de la carne] son opuestos al Espíritu”).
- d) La locución “carne y sangre” designa al hombre en su condición terrena, como el español “carne y hueso” (Mt 16,17: “Eso no te lo ha revelado nadie de carne y hueso [una carne y una sangre], sino mi Padre del cielo”; 1 Cor 15,50: “Quiero decir, hermanos, que esta carne y hueso [carne y sangre] no puede heredar el reino de Dios”).

Para Juan, el “hombre-carne”, es decir, el hombre débil y mortal, es la primera etapa del plan creador de Dios; “la carne” no es un principio malo, sino solamente un estadio inacabado.

En efecto, el designio de Dios sobre el hombre no se limita a dar existencia a una criatura débil y destinada a la muerte (“carne”), sino que se propone infundirle una vida capaz de superar la muerte (Jn 3,16: “para que todo el que le presta su adhesión tenga vida definitiva y ninguno perezca”). De por sí, “la carne” es un principio vital que no puede superar su propia condición y que engendra su misma debilidad (Jn 3,6: “de la carne nace carne”).

Jesús es el proyecto de Dios hecho “carne” (Jn 1,14), es decir, realizado en un hombre cuya debilidad se mostró al sufrir la muerte.

El corazón. Este término, aunque de uso corriente en nuestra lengua y rico en sentidos figurados, tiene en la lengua del N.T una gama de significados mucho más amplia.

Los sentidos figurados del término “corazón” son frecuentes en la literatura clásica. Además de ser considerado centro del cuerpo y de la vida física, se pensaba que el corazón era la sede de las emociones y sentimientos, de los instintos y las pasiones.

En el A.T, “corazón”, puede significar:

- a) Como órgano corporal, la sede de la fuerza y de la vida física (Sal 38,11: “Siento palpar mi corazón, me abandonan las fuerzas”; Is 1,5: “El corazón está agotado”); cuando el corazón se vigoriza por el alimento, el hombre entero revive (Gn 18,5: “Traeré un pedazo de pan para que cobréis fuerzas [para que vuestro corazón se fortalezca] antes de seguir”).
- b) En sentido figurado, el “corazón” representa la vida intelectual y espiritual, la naturaleza interna del hombre. Es el lugar del pensamiento, del querer y sentir del hombre. A él pertenecen, en primer lugar, el conocimiento, las convicciones, la comprensión, la reflexión, que nosotros situamos en “la mente”; pero además es el lugar de las actitudes, y en él se fraguan la decisión y la opción, que para nosotros se sitúan en el terreno de “la voluntad”; por último, en él anidan los miedos, el amor y el odio, es decir, los “sentimientos”, en un sentido más cercano al nuestro. “El corazón” resume el mundo interior del hombre, en cuanto éste se considera permanente, duradero o estable.
- c) “Corazón” significa la totalidad de la persona vista en su realidad interior, la personalidad como un todo, el carácter, la disposición y actividad interna consciente y deliberada del yo humano. De ahí que “lo que sale del corazón” sea responsabilidad del hombre total.
- d) En el N.T persiste esta explicación: De ahí se habla de “los puros/limpios de corazón” (Mt 5,8), o “puros en su interior” (por oposición a la pureza externa procurada con ritos). “Humilde de corazón” (Mt 11,29) significa simplemente “humilde”; la adición “de corazón” da a la humildad el sentido psicológico de disposición interior (“humilde dentro”, “de ánimo humilde”), pues, de lo contrario, “humilde” tendría sentido social (exterior) y significaría la pertenencia a “la clase humilde”.

“Lo que sale del corazón” es “lo que sale de dentro” (Mt 15,18s); “decir en su corazón” es simplemente “decirse” a uno mismo (Mt 24,48); “razonar en el corazón” (Mc 2,8) es “razonar en su interior”, sin expresarlo en voz alta. “En el corazón”, es decir, en lo interior del hombre, se asienta la paz (Flp 4,7). En Mt 13,15, cita de Is 6,10, “el corazón” significa “la mente”: “Está embotada la mente de este pueblo... para ... no entender con

la mente”. La “dureza de corazón” (mc 3,5; 6,52; 8,17) significa la obcecación de la mente.

Espíritu. Tan acostumbrados estamos al significado de la palabra “espíritu” (gr. Pneuma) como opuesto a materia y connotando algo fuera de este mundo, que sorprende saber que tanto en griego como en hebreo, el término “espíritu” (de “expirar”, “soplar”) significa primariamente “viento” o “aliento”; “Viento” implica “fuerza”; “aliento”, “interioridad vital”; secundariamente designa realidades no perceptibles con los sentidos.

En el A.T, el término hebreo *rûah* denota con frecuencia el viento, que, siendo intangible, tiene a Dios por causa inmediata (Gn 8,1: “Dios hizo soplar el viento sobre la tierra”; Am 4,13: “Él creó el viento”). Otras veces designa el “aliento” o “hálito” de Dios, su vida, que es su “espíritu” (Is 44,3: “Voy a derramar agua sobre lo sediento..., voy a derramar mi aliento/espíritu sobre tu estirpe y mi bendición sobre tus vástagos”). En muchos casos denota el aliento del hombre o de los animales (Ez 37,8.10; Eclo 3,19.21, etc). El “espíritu” expresa la fuerza vital del individuo (Jue 15,19: “Sansón bebió, recuperó las fuerzas [volvió su espíritu] y revivió”).

Mientras el “corazón” denota los objetivos de un hombre, sus resoluciones, su valor, el “espíritu”, en cambio, denota la dirección en la que fluye la vitalidad del hombre, la actividad que sale de su interior y expresa su ser.

Bajo el influjo de la cosmología persa, los textos de Qumran desarrollaron la teoría de dos ángeles o espíritus, uno de “rectitud” o “luz”, el otro de “iniquidad” o “tinieblas”, enzarzados en perpetuo conflicto en este mundo.

En general, puede decirse que “espíritu”, en todas sus acepciones, es simplemente una “fuerza”. En los evangelios puede denotar el espíritu del hombre, el Espíritu de Dios o un espíritu impuro/inmundo.

- a) En el lenguaje de los evangelistas, el espíritu del hombre no es un sinónimo de “alma”. Por oposición a “corazón”, que denota la interioridad estable o permanente del hombre (convicciones o ideología, actitudes o disposiciones, amores u odios), “espíritu” denota la misma interioridad en cuanto dinámica, es decir, en cuanto se manifiesta al exterior con actos puntuales (acto de conocimiento o de voluntad, expresión del sentimiento). Así, “conocer con su espíritu” (Mc 2,8) significa “intuir”; “los pobres por el espíritu” (Mt 5,3) son “los pobres por propia decisión”; “suspirar por el espíritu” (Mc 8,12) equivale a expresar un sentimiento de pena, dar un profundo suspiro.
- b) El Espíritu Santo o Espíritu de Dios es, por tanto, la fuerza vital de Dios, que, por ser amor, comunica amor y produce vida.
- c) El espíritu inmundo/impuro es también una fuerza, en este caso maléfica, y representa una ideología destructora.

El Alma (Vida). La palabra española “alma”, tan común en el habla, ha adquirido un sentido muy diferente del que tenían sus correspondientes hebreo y griego. Por eso es importante aclarar su sentido en estas lenguas, para no proyectar en los textos bíblicos nuestro modo de concebir, interpretándolos de manera equivocada.

La palabra griega **psykhê**, que a menudo se traduce por “alma”, corresponde a la hebrea **nefesh**, que en el A.T tiene dos sentidos principales:

- a) “Lo vivo en el hombre” en el sentido más amplio, “la vida” como concreto (Ex 21,23: “cuanto haya lesiones, las pagarás: vida por vida, ojo por ojo, etc.”).
- b) “La persona”, hasta el punto de poder equivaler a “yo mismo” o “tú mismo” (1 Sm 18,1: “Jonatán se encariño con David, lo quiso como a sí mismo [el alma de Jonatán se enlazó con el alma de David, y Jonatán lo quiso como a su propia alma]”).

No se concibe un “alma” separada del cuerpo ni un alma que se separa del cuerpo con la muerte; de hecho, se puede hablar de una persona muerta como del alma de esa persona y significar la persona muerta en su corporeidad (Nm 6,6: “No se acercará a ningún cadáver [a alma muerta]”).

Dado el sentido del español “alma”, que se concibe como independiente del cuerpo y separable de él, se ve la poca exactitud de los que, dejándose llevar por el latín (**anima**) traducen **nefesh** por “alma”. Esto resalta particularmente en los salmos, produciendo un espiritualismo contrario al sentido del texto. Véanse las siguientes frases en dos traducciones paralelas; la segunda traduce la palabra **psykhê** según su significado en el contexto:

1. **Sal 34,3:** “Mi alma se gloria en el Señor” / “yo me enorgullezco del Señor”.
2. **Sal 49,16:** “Dios rescatará mi alma del poder del sheol” / “a mí Dios me saca de las garras del abismo”.
3. **Sal 88,4:** “Mi alma está saciada de males” 7 “mi ánimo está colmado de desdichas”; el “alma” significa la persona;
4. **Sal 107,18:** “Toda comida aborrecía su alma” / “aborrecían todos los manjares”.

En algunos casos, **nefesh** conserva su sentido más primitivo: el de “garganta” o tubo digestivo, aunque a veces con sentido figurado:

5. **Sal 63,2:** “Mi alma tiene sed de ti” / “mi garganta tiene sed de ti”.
6. **Sal 106,26:** “Subían a los cielos, bajaban al abismo (por el movimiento de la nave), su alma se removía en el mal” / “subían al cielo, bajaban al abismo, el estómago revuelto por el mareo [el mal de mar].

En los evangelios, **psykhê** es la vida misma, como aparece claramente en Mc 8,35; “el que quiera poner a salvo su vida (psykhê), la perder; el que pierde su vida por causa mía... la pondrá a salvo”; lo mismo en Mc 10,45: “para entregar su vida en rescate de todos”, y Jn 10,11: “El pastor modelo entrega su vida por sus ovejas”, o 12,25: “Tener apego a la propia vida es destruirse”; de modo parecido, en la bravata de Pedro, Jn 13,37: “Daré mi vida por ti”.

El gr. **Psykhê** es un concreto que denota al individuo humano en cuanto vivo y consciente; de ahí que a menudo equivalga en el uso al pronombre reflexivo y los mismos ejemplos anteriores admitan una traducción en este sentido, como en Mc 8,35: “el que quiera ponerse a salvo, se perderá”; Jn 10,11: “El pastor modelo se entrega él mismo por las ovejas”.

El N.T no enseña la inmortalidad del alma. Esta no es la parte real y valiosa del hombre ni su elemento eterno y permanente; la inmortalidad es un atributo exclusivo de Dios (1 Tim 6,15s: “Dios bienaventurado y único soberano..., único que posee la

inmortalidad”), que él comunica al hombre con el don del Espíritu (Jn 3,16: “la vida definitiva”).

Otros pensadores, sin embargo, van más lejos, reduciendo la mente a una función del cerebro; conciben al ser humano como una máquina cibernética: ¿Para qué hablar del alma si también las máquinas pueden pensar y quizá un día llegarán a tener conciencia y sentir? Pero mientras ese día llega, la generación posmoderna se entrega al disfrute de lo corporal, de lo sexual, de las sensaciones. Sentir se convierte en criterio de verdad y realidad. “Experimentar” o tener “vivencias” es señal de estar “vivo”.

Humanismos ateos.

Humanismo materialista: Ludwig Feuerbach.

Frente al idealismo hegeliano, Feuerbach parte de la materia como única realidad existente, de las cosas reales y concretas, de la naturaleza, centrando su reflexión en el **ser humano como realidad suprema**. Para él, el único objeto de la filosofía es el hombre en su realidad total y en su devenir histórico, abierto a un progreso sin límites.

El ser humano puede progresar gracias a la conciencia de sí mismo. Esta capacidad le permite elevarse por encima de la naturaleza y ser protagonista de su propia historia, realizando sus deseos y perfeccionándose.

Pero el ser humano ha cometido un error: proyectar en Dios la conciencia de sí mismo, sus deseos no realizados. El hombre atribuye lo mejor de sí mismo a Dios: “Para enriquecer a Dios debe empobrecerse el hombre; para que Dios sea todo, el hombre debe ser nada... Dios es el ser infinito; el hombre, el ser finito. Dios es perfecto; el hombre, imperfecto. Dios es eterno; el hombre, temporal. Dios es santo; el hombre, pecaminoso. Dios es lo absolutamente positivo; el hombre, lo absolutamente negativo”.

La religión ha significado la alienación del hombre. Al atribuir a Dios lo que pertenece al ser humano, este se siente extraño y ajeno a sí mismo. Por tanto, es necesario acabar con la religión para que el ser humano pueda encontrarse consigo mismo y realizarse plenamente. Entonces podrá reconocer que el único Dios real es el ser humano.

Humanismo marxista: Karl Marx.

La doctrina de Marx está basada en una concepción materialista de la vida y del hombre. Dentro del materialismo marxista hay que distinguir dos etapas. Marx parte del materialismo humanista de Feuerbach, pero en 1.845 se distancia de él al darse cuenta de que la acción es más eficaz que la teoría y de que los hechos, especialmente económico-sociales, son los que gobiernan la historia e influyen en el desarrollo de las ideas. “Los filósofos no han hecho más que interpretar el

mundo de modos diferentes; se trata ahora de modificarlo” (Tesis sobre Feuerbach).

Más tarde, influenciado por su amigo Engels, pasa del materialismo humanista al **materialismo histórico y dialéctico**, más radical y mucho más ateo. Afirma que la materia es la única realidad existente en la naturaleza humana y la única explicación de todo lo que hay en el universo. La materia es infinita y esta en constante movimiento y transformación.

El ser humano, mediante el trabajo, debe dominar y orientar la naturaleza: él necesita de ella y ella satisface su necesidad. De esta manera, el ser humano humaniza la naturaleza y esta naturaleza al ser humano. Por el trabajo las personas se relacionan entre sí, son seres en sociedad. Las diferentes formas de trabajar y de relacionarse crean diferentes tipos de sociedad.

La actuación del ser humano sobre la naturaleza y las relaciones entre ellos van construyendo la historia, que tendrá un determinado sentido según sea el trabajo sobre la naturaleza y según sean las relaciones entre los hombres. El ser humano encontrará la felicidad cuando logre un dominio perfecto de la naturaleza y cuando las relaciones con los demás estén basadas en el respeto y a la dignidad y a la libertad.

Pero la felicidad humana se ve dificultada por el sistema económico capitalista, que divide a la sociedad en dos clases sociales: la burguesía, que posee la propiedad privada de los medios de producción, y el proletariado, que solo posee su trabajo.

El proletariado se ve obligado a vender su trabajo al capitalista a cambio de un salario. De este modo el trabajador queda alienado. El trabajo no lo humaniza: al contrario, lo aliena. Esa alienación económico-social trae consigo otras alienaciones: la política, la filosófica y la religiosa.

La religión es una droga que aliena a la persona para que no vea las cadenas que le esclavizan, ni sienta el dolor de la opresión, ni luche por la liberación. “La religión es el suspiro de la criatura oprimida, el corazón de un mundo sin corazón, el espíritu de una situación carente de espíritu. Es el opio del pueblo. La abolición de la religión en cuanto dicha ilusoria es necesaria para su dicha real”.

Marx propone como modelo social el comunismo: una sociedad en la que no exista la propiedad privada de los medios de producción ni clases sociales. Cuando desaparezca la alienación socioeconómica, la religión será inútil y también desaparecerá.

Humanismo vitalista: Nietzsche.

Friedrich Nietzsche, el ateo nihilista según solía llamarle la antigua crítica, “el Anticristo”, “el filósofo con martillo”, según nombres existentes que él mismo se dio, “Zarathustra el ateo”, o “Dionysios”, el dios naturalista y pagano, los dos personajes de su mitología con los que se identificó.

Nació en 1.844 en la casa parroquial de Röcken, hijo del pastor protestante de aquel pueblecito campesino de Sajonia.

Su padre, respetuoso clérigo provinciano y nacionalista, le bautizó con el nombre de su Emperador y protector, Federico-Guillermo, que cumplía años el día del nacimiento de su hijo, como feliz augurio patriótico y tradicional (aunque el hijo prefiriera firmar Friedrich a secas); le dejó huérfano a los cinco años, al cuidado de dos piadosas mujeres; su madre (hija, a su vez, de un pastor protestante) y su hermana Elisabeth, futura señora Forster, por su unión con un activista antisemita de tal apellido. Friedrich convivió, durante algún tiempo, como único varón, en el mismo hogar con la abuela, una tía y una criada.

Madre y hermana, con su impertinente amor y solicitud, colaborarían en buena medida al trastorno de la vida del futuro filósofo, y luego al del destino de sus escritos, de cada a una larga posteridad. Ocultaciones, interpolaciones – muchas de ellas progermánicas y antisemitas – y fraudes piadosos de Elisabeth Forster-Nietzsche, que se hizo con los papeles de su hermano al hundirse éste en la locura.

El joven Nietzsche fue un estudiante muy aplicado (a excepción de su “muy deficiente” en matemáticas), tanto en el Gimnasio como en la rigurosa escuela e Pforta, en la que ingresó como becario a los catorce años, tranquilo y disciplinado; y lo siguió siendo en sus estudios superiores.

En el Zarathustra condena la “lascivia”, elogia la sobriedad, y aun da muchas veces muestras de conservar un fondo de puritanismo que quiere mantener conscientemente como parte de la vida “alta y noble” a que dirige su adoctrinamiento. Pero su condena de la lascivia no es una entronización ni una recomendación del celibato, ni una condena del sexo; y su elogio de la vida sobria nada tiene que ver con ayunos y abstinencias. Sobre la mujer enseña esto: ***“Dos cosas quiere el hombre auténtico, peligro y juego; por ello quiere a la mujer, el más peligroso de los juegos”; y “el hombre debe ser educado para la guerra, y la mujer para el solaz del guerrero: todo lo demás es tontería.”***

Su trato con las mujeres fue bastante menguado. En una excursión juvenil tuvo la desgracia de contraer una sífilis que suele relacionarse con su posterior enfermedad mental.

Relaciones de otro tipo, tardan en conocersele. En su trato con el matrimonio Wagner, su amistad y admiración por la mujer, Còsima, hija del pianista y compositor F.Liszt, debió adquirir componentes que permiten creer que enriquecerían su experiencia sentimental del amor.

Wagner pasará a ser de amigo a enemigo abominado.

Aún habría, para el filósofo, otro amor de madurez. La bella y brillante Lou Salomé, joven judía con pasaporte zarista, devota discípula de Sigmund Freud, encendió los ardores del filósofo y de su amigo Paul Rée, convirtió en enemistad la amistad de éstos... y les dejó por un tercero.

Curso en Bonn teología y filología clásica.

La filosofía, a través de su lectura de El mundo como voluntad y como representación, de Schopenhaver, y la música, primero de Schumann, luego de Wagner (aunque al romper con éste pasó a admirar a Bizet), se convirtieron en sus entusiasmos culturales juveniles.

De Schopenhaver, Nietzsche conservaría siempre el voluntarismo de su concepción del mundo, pero repudiaría el pesimismo, y su versión de la moral cristiana basada en la idea de compasión.

Wagner al poner música a ideales del cristianismo será aborrecido por el filósofo.

Se alistó como voluntario en la guerra franco-prusiana, la guerra de Bismarck, en el cuerpo de sanidad debido a su delicada salud y pronunciada miopía.

Intentó corregir la estereotipada imagen de la Grecia Clásica, una Grecia prototipo de serenidad, racionalismo y equilibrio donde todo lo considerado como digno de cita y comentario, era sereno, racional y equilibrado

Según el filósofo lo que hubo en Grecia fue dos "almas" destinadas a enfrentarse, y de las que eran y siguen siendo signos todos los fenómenos culturales: el alma "dionisiaca", con su sentido del dinamismo de la naturaleza, poderoso e inagotable, desbordante en infinitas formas de vida (un poco "el mundo como voluntad", de Schopenhaver); y el alma "apolínea", calculadora, ordenancista, racionalista, aquietadora, más prudente que generosa, más cautelosa que valiente (un poco "el mundo como representación").

Hubo una conspiración del alma apolínea contra el alma dionisiaca; y, en consecuencia Nietzsche se siente obligado a proclamar la buena nueva del descubrimiento de la necesidad de contrarrestar aquella conspiración, con la predicación y la exaltación de los valores dionisiacos para el presente y para el porvenir.

El filósofo tuvo poco éxito en su vida académica. Su mala salud, como su carácter en general, le impedían los deberes de la docencia.

En enero de 1.889, sufrió un profundo colapso mental, por el que tuvo que ser recluido y del que ya no se recuperó (parálisis cerebral progresiva de tipo esquizofrénico), hasta su muerte en Weimar, de nuevo al cuidado de su madre y de su hermana Elisabeth, en 1.900.

En “así habló Zaratustra” proclama la muerte de Dios y el advenimiento del superhombre. La muerte de Dios significa la desaparición de la metafísica, de la razón pura, de lo “apolíneo”, de lo supramundano, de las esperanzas sobrenaturales, de la moral cristiana, moral de la compasión, moral de débiles...

La aparición del superhombre significa la superación del hombre, el sí a la vida, la afirmación de este mundo, la fidelidad a la tierra, la voluntad de poder que no evita la dificultad ni el dolor, el eterno retorno de la vida sin ningún final, la moral de la fuerza.

En su última etapa ataca toda la cultura occidental. Desaparecerá Dios del horizonte y se perderá el sentido de la existencia, se caerá en un nihilismo pasivo al ver que los valores vigentes son falsos y no contienen nada. Él opone a esto un “nihilismo activo”: destruir los falsos valores hasta ahora vigentes para crear valores nuevos, el superhombre.

Humanismo psicoanalítico: Freud

El psicoanálisis supone una nueva concepción del ser humano y una nueva explicación de su conducta. Según Freud, en toda persona existen tres instancias que están íntimamente relacionadas entre sí: el ello, el yo y el superyó.

El **ello** representa la parte inconsciente de nuestra personalidad; en ella residen las pulsiones o instintos básicos (eros o principio sexual-constructivo, y thanatos o principio agresivo-destructivo), las tendencias innatas, experiencias básicas prenatales, natales y posnatales, vivencias inconscientes y olvidadas, deseos reprimidos, etc. Es la primera instancia de la personalidad. Se rige por el principio del placer, que busca de una forma ciega la satisfacción, sin tener en cuenta la realidad.

El **yo** representa la parte consciente de la personalidad, que empieza a formarse ya en los primeros años de la vida, a medida que el niño va tomando conciencia de la realidad: de lo que le conviene y de lo que no le conviene, de las dificultades e impedimentos para satisfacer sus tendencias y deseos y de las posibilidades de realizarlos. Se rige por el principio de realidad, que nos hace conscientes de las limitaciones y posibilidades, de las conveniencias e inconveniencias.

El **superyó** representa la dimensión moral de nuestra personalidad, que se ha ido formando desde la infancia a través de la interiorización de las normas, prohibiciones, modelos, ideales, complejos de culpa, etc.. Se rige por el principio del deber o conciencia moral, que empuja al bien y retrae del mal. El complejo de Edipo marca un momento clave en la formación de esta instancia: todo niño tiene con

relación al padre una actitud ambivalente: de identificación y hostilidad; llega un día en que interiormente “mata” al padre y conserva en su corazón un sentimiento de culpabilidad.

La religiosidad es un problema infantil relacionado con la representación del complejo de Edipo: la imagen del padre “liquidado” es interiorizada y proyectada en la figura de Dios. Por tanto, Dios no es más que una pura ilusión, creada a imagen del Padre que se ha vivido en la infancia y, como él ambivalente: temido y querido al mismo tiempo. La fe en Dios impide que se desarrolle el sentido de la realidad en la persona y hace que permanezca siempre en un estado infantil. Por eso, la religión es causa de numerosos desequilibrios psíquicos. Creer en Dios es, sencillamente, una nostalgia infantil.

Humanismo cristiano.

El error fundamental del humanismo ateo es considerar a Dios como un obstáculo para la plena realización del ser humano. Quizá el error sea debido en gran parte a la falsa representación que los cristianos (Siglo XIX – sobre todo) han ofrecido de Dios y de la religión, un tanto desencarnada de la realidad, más preocupada por el “alma” que por la “persona” y más interesada por la otra vida que por esta, saturada de conformismo, resignación y evasión.

El Concilio Vaticano II en la *Gaudium et Spes*, 21. dice lo siguiente: *El reconocimiento de Dios no se opone en modo alguno a la dignidad humana, ya que esta dignidad tiene en el mismo Dios su fundamento y perfección. Es Dios creador el que constituye al hombre inteligente y libre en la sociedad. Y, sobre todo, el hombre es llamado como hijo a la unión con Dios y a la participación de la felicidad. Enseña además la Iglesia que la esperanza escatológica no merma la importancia de las tareas temporales, sino que más bien proporciona nuevos motivos de apoyo para su ejercicio. Cuando, por el contrario, faltan ese fundamento divino y esa esperanza de la vida eterna, la dignidad humana sufre lesiones gravísimas.*

La visión bíblica del ser humano tiene estas características:

- La dignidad del ser humano proviene de que es **imagen de Dios**, Gn 1,27.
- Por ser imagen de Dios, el ser humano participa de la libertad divina: **es libre**, pero no de forma absoluta, porque es **limitado**, Gn 2,7.
- Seguimos siendo **criaturas** de Dios y Él es el creador, Gn 2,17.
- Dios ha creado al hombre para que sea **feliz**, por lo tanto la libertad no es un fin en sí mismo, sino que está ordenada al bien.
- La desconfianza en Dios lleva a la desconfianza en el hombre y a la **insolidaridad** humana, Gn 3,12ss.
- La historia bíblica es la historia de la salvación o **liberación** de un pueblo.

Jesucristo fue:

- **Libre.** Ante las tentaciones interiores y frente a las presiones exteriores: no se dejó llevar por el deseo de riqueza, de ostentación, de poder o de dominación (Mt 4,1-11); ni inclinó la cabeza ante los poderosos (Lc 13, 31.32).
- **Justo y Misericordioso.** Enfrentándose a los opresores y defendiendo a los pobres y oprimidos (Mt 23, 23; Jn 8,1-11).
- **Pacífico y pacificador.** Rechazó la violencia (Mt 26,52) y no perdió la calma ante las tempestades (Mc 4,40) ni ante quienes pueden matar el cuerpo (Lc 12,4).
- **Sincero y Transparente.** Hasta identificarse con la verdad: le indignaban los hipócritas y les quitó la careta (Mt 23, 25-28); enseñó a decir la verdad con firmeza y sencillez (Mt 5, 14.37).
- **Amó y enseñó a amar.** Sin ningún prejuicio, hasta a los enemigos (Jn 15, 12; Lc 6, 27); pasó la prueba definitiva del amor, que es dar la vida por la persona amada (Jn 10, 11; 15,13).

De esta manera Jesús aparece como el **hombre pleno**, que no ha mutilado ninguno de los valores específicamente humanos, como prototipo de hombre que ha realizado plenamente todo lo que estamos llamados a ser.

Emmanuel Mounier (1.905-1.950).

Como hombre de acción fundó el movimiento de renovación cristiana, cuyo objetivo es promover una nueva civilización. Como hombre de pensamiento fundó el **personalismo**, un humanismo que considera la persona como valor absoluto con relación a cualquier otra realidad material o social.

La persona se enraíza en el individuo, pero no se reduce a él sino que lo trasciende, abriéndose a los demás por medio del diálogo, que termina en el amor y en la "comunidad". El individuo no existe en la comunidad ni esta sin el individuo. En la **comunidad** el individuo aprende a ser persona.

La persona es esencialmente **espiritual**, capaz de alzarse por encima de los valores materiales y establecer una jerarquía de valores orientada libremente a Dios. Por tanto, es libre, pues la libertad humana es esencialmente apertura a la trascendencia.

La persona tiende a realizarse en tres dimensiones:

- Por la vocación tiende hacia arriba, hacia lo trascendente, tomando conciencia de esta llamada a través de la meditación.
- Por la encarnación tiende hacia abajo, hacia el compromiso responsable con la realidad que lo rodea.
- Por la comunión tiende a lo ancho, despojándose de sí mismo y dándose a los demás, entrando en comunión con ellos.

El personalismo rechaza el materialismo que rebaja al ser humano a la categoría de objeto, y el falso espiritualismo, que lo reduce a una idea.

Jacques Maritain (1.882-1.937).

Defendió el humanismo integral, que trata de conjugar la dimensión natural y la dimensión sobrenatural de la existencia, la razón y la fe, lo secular y lo religioso. Ambas dimensiones son necesarias para realizar de una manera plena el sentido de la existencia.

El ser humano necesita encontrar respuestas a las grandes preguntas sobre el sentido de su vida, su origen primero y su fin último. Estas preguntas remiten a Dios. La relación con Dios no anula al ser humano, al contrario, lo ensalza, lo ennoblece y llena de sentido de su vida.

Aboga por una cristiandad profana, es decir, por la presencia del cristianismo en la sociedad secular con el fin de crear un mundo más justo, más humano y fraterno. Frente a las posturas del capitalismo liberal y del socialismo, es necesario salvar la condición personal del ser humano que, como individuo, es miembro de la sociedad y se debe a ella, pero en cuanto persona, no es para la sociedad, sino que su destino es la unión con Dios.

Gabriel Marcel (1.889-1.973)

Pertenece al existencialismo, al que imprimió un carácter cristiano. Para él, lo religioso constituye una categoría fundamental de la existencia, que se nos revela precisamente a través de la experiencia religiosa: existir es esencialmente participar en el Ser. En él estamos inmersos, y sin él la vida no tendría sentido.

Otra categoría fundamental de la existencia es la relación humana. Pero la relación humana, la apertura al tú, la relación con el "otro", lleva necesariamente a la relación con Dios. El amor, la fidelidad y la esperanza son signos de la presencia del misterio de Dios en la vida.

A diferencia de otros existencialistas como Camus o Sartre, que no ven en la vida otra salida que la desesperación, Marcel da a la existencia una dimensión de esperanza: "La estructura del mundo en que vivimos permite, y en cierto modo casi aconseja, una desesperación absoluta; pero es en un mundo así donde puede surgir una esperanza invencible". ".Espero que la muerte, arrancándome de mí mismo, me afirme en el ser".

TEMA 3. FE Y CIENCIA EN EL ORIGEN DEL MUNDO.

OBJETIVOS.

1. Nos proponemos investigar lo que dicen la fe y la ciencia sobre el origen y destino del mundo.

Experiencia y reflexión.

Cuando éramos niños, todo era más sencillo. En nuestra mente mágica todo era posible; el mundo era comprensible: **todo era creación de Dios**. Ciertamente, teníamos temores y hacíamos preguntas. Pero ahí estaban nuestros padres para espantar nuestros miedos.

Crecimos, salimos de nuestra cándida e ingenua credulidad y vinieron las dudas. Empezamos a entender unas pocas cosas y creímos haber descubierto la piedra filosofal: **todo era evolución**. Y quisimos transvasar toda el agua del océano a nuestra pequeña charca. Pero el océano resultó demasiado grande.

En nuestro proceso de madurez, hemos llegado a comprender que el mundo no se deja encerrar en fórmulas; es demasiado complejo para ser comprendido y explicado en su totalidad; desborda nuestras medidas. Nos hemos hecho más humildes y quizá también más sabios y ahora tratamos de **conciliar nuestros saberes y nuestras creencias**, pues la fe y la ciencia se necesitan: "Ciencia sin fe es coja, fe sin ciencia es ciega" (A.Einstein).

Cuestiones previas:

1. ¿Qué había al principio, según la fe?
2. ¿Qué había al principio, según la ciencia?
3. ¿Qué sucederá al final según la ciencia?
4. ¿Qué sucederá al final según la fe?
5. ¿Por qué han entrado en colisión (a veces) los puntos de vista científico y religioso?
6. ¿Cómo debe plantearse el tema en cada área para no entrar en colisión?

1. ORIGEN DEL MUNDO, SEGÚN LA RELIGIÓN.

En la antigüedad se pensaba ingenuamente que el mundo era según su apariencia: arriba una cúpula de donde descendían las aguas; abajo estaba el océano marítimo, de donde subían los canales formando fuentes de agua. EN medio estaba la tierra que era como una losa; la tierra era el centro del universo; a su alrededor giraban el sol y los planetas. Se tenía una imagen tripartita y geocéntrica del universo.

El hombre primitivo se sentía muy pequeño frente a los elementos de la naturaleza: huracanes, tormentas, volcanes, terremotos, montañas, abismos, astros...

Estos fenómenos le producían miedo y temor. Pensaba que eran provocados por unos espíritus que se ocultaban dentro de ellos. Este **animismo** le hacía creer que todo lo que sucedía era porque los dioses querían; aún no habían descubierto las leyes de la naturaleza y desconocía, por tanto, la explicación de los fenómenos naturales; no había más ley que la voluntad de los dioses a los que había que servir y dar culto para ganar su benevolencia.

Para explicar el origen y formación de ese universo estático y divinizado se acudía a los **mitos** o relatos que la imaginación proyectaba en tiempos inmemoriales. Estos mitos hoy resultan ingenuos; sin embargo nos descubren los primeros intentos del ser humano por hallar una respuesta a esas preguntas que todos nos hacemos sobre el sentido de la vida, el origen primero y el destino último. Los mitos son expresión simbólica de una realidad que solo puede ser expresada simbólicamente; por eso necesitan ser interpretados; no pueden ser tomados al pie de la letra.

En **Egipto** se adoraba a Amón-Ra, dios del sol y creador de la vida. Así, por ejemplo, al comenzar el año nuevo realizaban el rito del comienzo de la vida, interpretando el mito de la creación; al alborear el día, salían a adorar al sol que cada mañana ponía en movimiento la vida. De esta manera se asociaban a los dioses y a la creación.

En **Babilonia** se daba culto a Marduk; en su honor se cantaba el Enuma Elis, célebre poema babilónico de la creación.

Entre las culturas de la Antigüedad destaca Israel. Su imagen del mundo era igual que la de sus pueblos vecinos: una imagen tripartita, estática y geocéntrica. Para ellos también el mundo era según su apariencia, pues aún no se conocían los métodos científicos de observación. Pero tenía algo que lo hacía distinto a los demás pueblos: su fe.

Frente a la mentalidad religiosa de aquellos pueblos, la fe de Israel resulta algo insólito y sorprendente. En medio de un mundo lleno de dioses, **Israel proclama su fe en el Dios único**: Dios amigo y aliado de los hombres. Frente a la creencia de aquellos pueblos que veneraban a los elementos de la naturaleza como si fueran dioses, Israel tenía forzosamente que hacerse las siguientes preguntas:

1. ¿Són dioses las fuerzas de la naturaleza?
2. ¿Puede el ser humano temer a la naturaleza?

Los relatos bíblicos de la creación.

El primer relato fue escrito durante la cautividad de los judíos en Babilonia (Siglo VI a.C) por un grupo de sacerdotes para ser cantado en el culto. Por eso es conocido como **“himno sacerdotal de la creación”**. Consta de una introducción

(estado caótico), seis estrofas (creación en seis días) y una conclusión (descanso). De esta forma, los judíos fundamentan su ritmo de vida en Dios Creador, pues ellos trabajan seis días y el séptimo descansan. (También en las demás culturas primitivas se dedicaba un día a cada divinidad; todavía los días de la semana llevan nombre de planetas, que primitivamente eran adorados como dioses).

El orden de la creación que sigue este himno refleja una imagen del mundo como la que tenían los pueblos antiguos; arriba estaba el firmamento, abajo estaba el océano marítimo y en el centro estaba la tierra. Por eso, la creación sigue este orden. Después de crear la primera luz que precede al sol, Dios crea la estructura del universo (firmamento-tierra-océano) y pone astros en el firmamento, peces en el mar y vegetales y animales en la tierra; finalmente crea al hombre.

El segundo relato (a partir de Gn 2,4) fue escrito unos cuatrocientos años antes que el himno sacerdotal por un grupo de sabios conocidos con el nombre de yahvistas, pues siempre emplean la palabra Yahvé para nombrar a Dios. Por eso se le conoce con el nombre de **“relato yahvista de la creación”**.

Este relato contiene enseñanzas profundas que responden a unas preguntas fundamentales que todos nos hacemos: ¿Qué es el hombre? ¿Para qué ha sido creado? ¿Es libre para hacer lo que quiera? ¿Qué relación debe existir entre varón y mujer?

Antes se solía creer que Dios había revelado a los primeros hombres como había creado el mundo, y que estos se lo habían transmitido a sus descendientes hasta ponerse por escrito en la Biblia. Hoy sabemos que los relatos de la creación no pretenden describir cómo se hizo el mundo, sino que son un mensaje acerca de Dios y de su relación con el mundo.

- Frente a las creencias de otros pueblos que relacionaban la creación del mundo y del hombre con luchas sangrientas entre dioses ambiciosos, Israel proclama su fe en un solo Dios, amigo de los hombres.
- Frente a las costumbres de otros pueblos que divinizaban y adoraban a las fuerzas de la naturaleza, a los astros y a algunos animales, Israel proclama que todo es obra de Dios para el servicio del Hombre.
- Frente a los que pensaban que el mundo era malo, la Biblia repite seis veces que es bueno.
- Frente a los que endiosan al hombre, la Biblia reconoce que el hombre es frágil: salido de la tierra. Y frente a quienes lo desprecian, Israel proclama la grandeza del hombre: alentado por el soplo divino.
- Frente a quienes discriminan a la mujer, la Biblia proclama la dignidad de esta y reconoce en la pareja la imagen de Dios.

Concepción moderna del mundo.

Copérnico (1.473-1.543), Kepler (1.571-1.630) y Galileo (1.564-1.642) hacen ver que es la Tierra la que gira alrededor del Sol (Heliocentrismo).

Newton (1.646-1.727), descubre una ley que explica la dinámica de los movimientos de los planetas. De este modo empiezan a conocerse las leyes de la naturaleza y la explicación natural de los fenómenos.

En el siglo XVIII empiezan a extenderse las explicaciones científicas sobre el origen del sistema solar, sustituyendo los relatos mitológicos. En 1.798 **Laplace** expuso su teoría nebular según la cual el sol y los planetas se originaron a partir de una nube de partículas.

Darwin (1.809-1.882) y los pensadores evolucionistas del siglo XIX proponen una interpretación evolutiva del origen de la vida, situando al ser humano como el ápice de una de las ramas de la evolución animal.

A principios del Siglo XX, **Hubble** propuso la teoría del big-bang. A partir de entonces se han hecho grandes esfuerzos por establecer el lento proceso que ha seguido la evolución. Para poder comprender mejor el proceso evolutivo que ha seguido nuestro mundo, el astrónomo **C. Sagan** ha condensado en un solo año toda la historia del universo, que probablemente abarca ya más de 15.000 millones de años. En este tiempo, la historia del hombre supondría que habría existido el 31 de diciembre a las 24:00 horas.

Destino del mundo, según la ciencia.

Desastre ecológico.

Todos los seres vivos han ido adaptándose a su entorno modificando sus organismos; solo los seres humanos han modificado su entorno adaptándolo a sus organismos. Gracias a su inteligencia el ser humano puede enfrentarse al frío y al calor, cultivar desiertos, cortar distancias, alargar la vida. Pero también puede destruir la naturaleza. Incluso el progreso humano puede constituir una amenaza contra la naturaleza y volverse contra el hombre. De hecho, los ecologistas nos avisan de los grandes peligros que corre el planeta, de tal forma que si la colectividad humana no reacciona pronto y modifica los planes de producción y explotación, la vida se hará imposible sobre el planeta. El hombre ha modificado su medio ambiente pero a costa de introducir grandes desequilibrios en él.

Desastre bélico.

La injusta distribución de los bienes de la Tierra, las grandes desigualdades sociales, la represión, la miseria y el hambre, junto con la explosión demográfica precisamente en los países más pobres, son caldo de cultivo de las guerras. El horror y la maldad de la guerra se acrecienta con la proliferación de armas científicas. A pesar de las prohibiciones internacionales y procesos de desarmes,

hay países que almacenan armas cada vez más peligrosas, de tal forma que crece la amenaza de una guerra total. Y aunque muchos afirman que esta guerra es imposible, todos saben que, si estalla, será la última y definitiva.

Catástrofe cósmica.

Los científicos no descartan que se produzca cerca de la tierra la explosión de una supernova que cubriría el planeta de radiaciones mortales, o que la misma Tierra chocara con un cometa o gran meteorito, aunque esto podría ser reconocido a tiempo y evitado.

Desgaste o consumo de la energía solar.

Cuando el sol consuma su combustible nuclear se empezará a hinchar y se convertirá fugazmente en una enorme bola de fuego que devorará la Tierra; tras este aumento transitorio de luminosidad, el Sol se apagará y todo quedará reducido a cenizas. Pero esto no ocurrirá hasta dentro de 4.000 millones de años.

Contracción del Universo.

Cuando el universo, nacido del big bang, alcance su máxima expansión, empezará a contraerse: las galaxias con sus constelaciones se irán aproximando hasta fusionarse entre sí. Después desaparecerán o tal vez se produzca una nueva explosión por desintegración de los átomos y surja un nuevo mundo. Según esta teoría se supone que esto podría ocurrir en unos cien mil millones de años después del primitivo Big Bang.

¿Qué habrá después del final?

Vemos que todo camina hacia su fin; todo muere; no solo mueren los seres humanos, los animales y las plantas; también muere el Sol, fuente de energía del sistema planetario, y el cosmos también llegará a su fin.

Así mismo, vemos que hay desastres que pueden precipitar el final de los tiempos: miseria, hambre, guerras, peste, terremotos, desastres ecológicos y catástrofes cósmicas. En todas las épocas ha habido y hay desastres y desgracias que anuncian el final de los tiempos. Cada desastre nos avisa y nos aproxima hacia el final.

Destino del mundo según la religión.

Ya que la ciencia no puede dar respuestas a lo que hay antes del punto cero y a lo que habrá después, tenemos necesariamente que acudir a la Religión para responder a estas preguntas.

El destino del mundo hace referencia al destino de la persona en el mundo.
¿Qué ocurre con el Hombre (varón y hembra)? ¿Qué es la vida? ¿Qué es la muerte?

Intentaremos descifrar de una manera inteligible estos conceptos. Lógicamente, las referencias bíblicas acompañarán toda la explicación para hacer coherente todo argumento.

VIDA. No existe en Mt, Lc y Jn un término abstracto para designar la vida física. El gr. *Psykhê* es un concreto que denota al individuo humano en cuanto vivo y consciente; de ahí que a menudo equivalga en el uso al pronombre reflexivo (Mc 8,35; Jn 10, 11.15.17.24; 12,25.27; 13,37s; 15,13).

La *psykhê* aparece como objeto de entrega, significando que el hombre se entrega o entrega la propia vida (Mc 10,45; Jn 10,11.15.17; 15,13). Todo discípulo ha de estar dispuesto a arriesgar la propia vida en medio del mundo hostil, así se conserva él mismo para una vida definitiva (=salvación, Mc 8,35; Mt 10,39; Jn 12,25).

Paradójicamente, la entrega de sí mismo hace que el hombre se recobre con **una nueva calidad de vida** (Jn 10,17; 12,25). La entrega, que es total, no es un acto único y final, se realiza en cada circunstancia (Jn 10,11.15ss: “me entrego”, presente). “Entregarse” o “morir” (Jn 12,24) significan el don total de sí a que lleva continuamente la exigencia del amor (el Espíritu); la experiencia de “recobrar la vida” se verifica también en cada ocasión; al entregarse, el hombre vuelve a encontrarse con su nueva identidad de hijo de Dios: la entrega propia del amor gratuito lo hace semejante al Padre.

La capacidad de entregarse o entregar la propia vida supone ser dueño de ella (10,18), lo mismo en Jesús que en el discípulo. La entrega es condición para el fruto (Jn 12,24).

En Mt, Mc y Jn, el término gr. *Zôê* significa no simplemente “vida” sino “vida definitiva” (Mt 19,16s), no sujeta a la muerte, lleve o no el adjetivo (Mt 7,14; 18,8s; 19,29; 25,46). En Lc, si no va calificado, significa la existencia terrena (12,15; 16,25; “vida definitiva” en 10,25; 18,18). “Vida definitiva” = Salvación, Reino, etapa final del Reino. EL judío la obtiene practicando el amor al prójimo (Mt 19,16-19); lo mismo el pagano (25,34-36; Lc 10,15-28).

a) El Espíritu, la fuerza de amor del Padre, comunica vida definitiva (Jn 6,63; 4,14; 7,37-39); es el nuevo principio vital que el Padre infunde por medio de Jesús (5,21; 19,30; 20,22; 19,34). (Espíritu sinónimo de Amor). Recibir la vida definitiva equivale a un nuevo nacimiento (3,3.5.6), a “nacer de Dios” (1,13) (Nacimiento).

b) La condición para recibir la vida y poseerla es la adhesión a Jesús en su calidad de Hombre levantado en alto, es decir, de hombre que da su vida para salvar a los hombres de la muerte (3,14s), y de Hijo único de Dios, el don que prueba el amor de Dios a la humanidad (3,16). En otras palabras, la condición es reconocer el amor de

Dios expresado en la muerte de Jesús y, viendo en él el modelo de Hombre, tomar ese amor por norma de la propia vida (13,34).

c) Para el hombre, la única luz o verdad es la vida misma (Jn ,1,4), el esplendor de la vida. Se deduce que Jesús no viene a revelar una verdad independiente de la vida; revela la verdad comunicando vida, cuya experiencia y evidencia constituyen la verdad (Verdad).

d) La vida definitiva es aquella que, por su calidad, supera la muerte física (8,51). Al hacer suyo el mensaje de Jesús, el hombre pasa de la muerte a la vida (5,24) (Muerte). Este paso explica que quien ha recibido la vida por la adhesión a Jesús no esté sujeto a juicio (3,18; 5,24) (Juicio). La permanencia de la vida a través de la muerte es lo que se llama “resurrección” (11,25s) (Resurrección).

MUERTE. “Muerte” gr.(Thánatos) denota en primer lugar la muerte física como hecho objetivo comprobable (Mt 10,21; 15,4 etc; Jn 11,3; 12,33; 18,32; 21,19); también la muerte como experiencia subjetiva (Jn 8,51s; 11,4). Pero, además, significa una condición de muerte (Mt 4,16, Is 9,1; Lc1,79; 1 Jn 3,14), que, según Jn, procede de la opción por el pecado (5,24); ésta priva al hombre de la experiencia de plenitud y lo condena a la muerte definitiva (5,21.24.25).

“Morir” (gr. apothnέskō) denota de suyo la muerte física (Mc 12,20-22; Jn 8,52s; 11,14.16,21, etc), connotando a veces la muerte definitiva (Jn 6,49.58; 8,21.23) o refiriéndose a la muerte experiencia (Jn 11,26).

En Jn “perecer” (gr. Apóllymai) denota la muerte definitiva, opuesta a la resurrección. EL que vive en estado de muerte, al morir físicamente, perece; por el contrario, el que tiene la vida (gr. Zōê), al morir sigue viviendo (gr zâô), se levanta de la muerte (gr. Egeíromai), resucita (gr. Anístamai/anástasis).

El estado de muerte (Ez 37,1-14) está tipificado en Jn en el inválido de la piscina (5,1s), donde se escenifica cómo Jesús quita “el pecado del mundo) (3,29), la opción por un sistema que priva de vida y frustra el designio creador. Jesús lo quita ofreciendo al hombre la integridad y la libertad, el Espíritu (5,21; 6,63).

La muerte física pone en evidencia la debilidad (gr. Asthéneia) radical de “la carne”, su transitoriedad. En sí misma es un acontecimiento normal para el hombre, pero la calidad de la muerte difiere según éste posea o no la vida definitiva (el Espíritu). Para quien la posee, la muerte no es una experiencia de destrucción (8,51; 11,26); superada por la potencia de la vida, se convierte en resurrección. Por el contrario, para el que participa del pecado del mundo, la muerte física señala el fin de la existencia (3,16: “Y no perezca”; 6,69: opos. Entre “perecer” y “resucitar”).

Jesús acepta la muerte libremente; entrega su vida, pero así la recobra (10,17s). “Entregar la vida” es un símbolo del continuo don de sí por amor; su última y suprema expresión será la aceptación de la muerte para mostrar que el amor no se detiene ni siquiera ante el odio mortal de los enemigos (19, 28-30). El amor del discípulo ha de mostrarse, como el de Jesús, en el don total (13,34s). El deseo de esquivar la muerte produce esterilidad y lleva a perderse (12,24s).

Pablo, como Juan, conecta pecado y muerte, que no significa la muerte física, sino la definitiva (Rom 5,12.14.17.21; 6,23; 7,13); liberación de la muerte (8,2); será vencida como último enemigo (1 Cor 15,26.54-56); liberación de la muerte, fruto de la muerte de Jesús (Heb 2,14; 5,7).

En el Apocalipsis se distingue entre la muerte física y la “muerte segunda” (2,11; 20,6.14; 21,8), que significa la aniquilación (20,14; 21,4).

RESURRECCIÓN. El sustantivo gr. Anástasis y el verbo anístēmi denotan el hecho de ponerse en pie y, contextualmente, el “ponerse de nuevo de pie”. Este significado se especifica según los contextos: “ponerse en pie/comparecer” en un juicio (Mt 12,41; Jn 5,29), o “resucitar/resurrección”, ponerse de nuevo en pie el que yacía muerto (Mc 8,31; 9,31; 10,34; Jn 11,23s; 20,9; 1 Tes 4,14.16), también en sentido metafórico (Ef 5,14). Como transitivo significa “levantar/resucitar” a alguien (Jn 6,39s.44.54).

En los sinópticos (Mt, Mc y Lc) el pasaje más explícito sobre la resurrección se encuentra en la controversia de los Saduceos con Jesús en el templo (Mc 12,10-25). Contra el materialismo saduceo, que no admitía una vida más allá de la muerte, y la concepción farisea, que relegaba la resurrección a un futuro lejano y concebía la nueva vida como una mera continuación de la presente, Jesús afirma la potencia de Dios, dador de vida (12,24; 13,26s; 14,62): habla de la resurrección en presente (12,25: “cuando resucitan de la muerte”) y, de hecho, Abrahán, Isaac y Jacob, vivos para Dios, prueban la existencia de la vida después de la muerte física (12,26s). La condición de los resucitados no es como la de la vida mortal, “son como ángeles” (12,25), en el significado de “hijos de Dios”, cuya vida no se transmite por generación natural.

En Juan hay que distinguir el uso de los dos verbos citados. “Levantar/-se” está en relación con la “debilidad/enfermedad” (gr. Asthēneia). A las dos clases de “debilidad”, la que lleva a la muerte (5,5) y la que no es para muerte (11,14), corresponden dos tipos de “levantar/-se”.

- a) El primero se encuentra en el episodio del inválido de la piscina y equivale a “dar salud/ la integridad” al hombre que carece de ella (5,8.9^a.11); esto se formula como “levantar a los muertos dándoles vida” (5,21). El inválido es tipo de la muchedumbre de enfermos (5,3), que son “los muertos”, hombres privados de vida en los que está frustrado el designio divino

(6,40), los que, debido a una situación de “pecado” (5,14), están destinados a morir para siempre (3,16; 6,39; 17,12: perderse, la perdición). “Levantarse a los muertos” significa, por tanto, sacar al hombre de la situación de pecado dándole vida definitiva (3,6; 6,63), hacer pasar de la muerte a la vida (5,24).

- b) El segundo tipo, “levantar/-se de la muerte/de entre los muertos”, se aplica en primer término al “cuerpo” (sôma) de Jesús (2,19-21) o a Jesús mismo (2,22; 21,14); en segundo lugar, a Lázaro (12,1.9.17). En el caso de Jesús está en relación con su muerte física (destrucción del santuario/su cuerpo); en el de Lázaro, paralelamente sigue a una “debilidad” que no es para muerte (11,4). “Levantarse” significa, pues, hacer superar la última debilidad propia de la “carne”, la muerte física.
- c) Según Juan, por tanto, el hombre tiene una doble posibilidad:
 - 1. Nace como “carne” débil, que por sí misma acaba en la muerte física. Ante él se presentan dos opciones: secundar la aspiración a la vida inherente a su ser de hombre (1,4) o reprimirla, haciendo suya la ideología que la extingue (1,5: la tiniebla; 5,3: ciegos; 5,14: “no peques más”). La opción positiva lleva a recibir el Espíritu y, con él, la vida definitiva. La opción negativa (el pecado) priva al hombre de vida y lo condena a muerte definitiva.
 - 2. Por la opción positiva el hombre es “carne” + “espíritu” (sarx + pneuma). Pasada la muerte, última muestra de la debilidad de la “carne”, el “yo” (psykhê = hombre en cuanto individualidad consciente y libre) y el “cuerpo” (sôma = hombre en cuanto individualidad designable y activa) entran en su estadio definitivo. Según esta concepción, el hombre es un proyecto de inmortalidad (3,16; 6,40), que no se realiza sin su opción y colaboración. Al proyecto realizado corresponde la vida definitiva (zôê aiônios); al no realizado, la muerte definitiva (apóleia).

Los términos “resucitar/resurrección” no tienen relación con la “debilidad”, sino con la vida definitiva: “resucitar” es lo contrario de “perderse” (6,39), que significa morir para siempre. La resurrección consiste, pues, en superar la muerte física, es la continuidad de una vida que no puede perecer.

La muerte definitiva se evita lo mismo teniendo vida definitiva (3,16) que siendo resucitado el último día (6,39); de alguna manera, por tanto, se identifican vida definitiva y resurrección; cada fórmula presenta pues un aspecto de la misma realidad. Otra fórmula para el mismo hecho es “vivir para siempre” (6,58). Por otra parte, la vida definitiva es fruto de la fe en Jesús (3,16) ya durante la vida terrena; se confirma, pues, que la resurrección no es más que un aspecto de esa vida.

La resurrección se consideraba propia del “último día” y restauraba la vida del hombre interrumpida o disminuida por la muerte. Para Jesús no es así, pues la vida definitiva excluye de la muerte, y la posee ya quien ha recibido el Espíritu. La resurrección, por tanto, señala solamente, por oposición a “la perdición” que el encuentro de esa vida con la muerte física se resuelve en la victoria de la vida (8,51).

El episodio de Lázaro escenifica los dichos de Jesús: la comunidad de discípulos de mentalidad tradicional judía no ha percibido el alcance del amor de Dios, quien, por medio de Jesús, da al hombre vida definitiva. Han colocado a Lázaro en el sepulcro de los muertos, separándolo con la losa del mundo de los vivos (11,38.41). Jesús los lleva a la plena fe (11,40). Quitar la losa, desatan al muerto y lo dejan marcharse a la casa del Padre (11,44). Han comprendido la continuidad de la vida a través de la muerte. En la cena de Betania (12,1-3), Lázaro es figura representativa de la comunidad en cuanto ésta posee vida definitiva que supera de la muerte (la comunidad de “los resucitados de la muerte”) y es objeto de persecución por parte de los sumos sacerdotes (12,9s).

La resurrección de Jesús se formula dos veces como “levantarse de la muerte/de entre los muertos” (2,22;21,14; 2,20) y una vez como “resucitar de la muerte” (20,9). La primera formulación significa que Jesús ha dejado atrás la última debilidad de “la carne”, la muerte física, para entrar en el estadio definitivo de su humanidad individual. La segunda significa la permanencia de la vida después de la muerte e indica que Jesús es el primero en cruzar esa frontera; así lo simboliza “el sepulcro nuevo, donde nadie había sido puesto todavía” (19,41). Jesús resucitado se hace presente en medio del grupo de discípulos (20,19).

Habla a los suyos y les muestra sus manos y su costado (20,20). Son signos de identificación: es el mismo Jesús que ha muerto en la cruz; se subraya con ellos, por una parte, la continuidad de la vida individual; por otra, que su nueva realidad no deja de ser condición humana. “Las manos” significan su potencia (3,34; 13,3); “el costado”, su amor.

El descubrimiento del sepulcro vacío pone en movimiento a los discípulos (Mt 28,1-10). El anuncio se hace por medio de un ángel (Mt 28,5s), de un joven, figura de Jesús mismo (Mc 16,6), de dos hombres, figuras de Moisés y Elías (Lc 24,5s).

Apariciones: a las mujeres (Mt 28,9s), a dos discípulos (Lc 24,23-35); a los discípulos en Jerusalén (Lc 24,36-43); (Jn 20,19-29), en Galilea a siete discípulos junto al lago (Jn 21,1-14), a los Once en un monte (Mt 28,16-20; 1 Cor 15,3-8). Misión (Mt 28,19s; Mc 16,7; Lc 24,46-48; Jn 20,21-23; Hch 1,8). Ascensión (Lc 24,50s; Hch 1,9).

La Resurrección de Jesús es causa de nuestra rehabilitación (Rom 4,25) y salvación (5,10), de nueva vida (6,4), de esperanza en la propia resurrección (8,11), fundamento de la fe (1 Cor 15,16s).

Pablo trata largamente de la resurrección en 1 Cor 15,1-58. Expone testimonios sobre la resurrección de Jesús (15,1-11). Afirma que ésta es la garantía de los cristianos (15,12-34). Con diversas comparaciones e imágenes describe la condición de los resucitados y prueba por la Escritura la victoria sobre la muerte (15,35-58).

TEMA 4. Fe y Cultura.

OBJETIVOS:

1. Reconocer la dimensión cultural de la fe, descubriendo cómo ha sido expresada esta en los distintos ámbitos de la cultura.
2. Valorar las manifestaciones artísticas de la fe, reconociendo el sentido espiritual y estético del arte, en general, y el significado del arte religioso, en particular.
3. Analizar e interpretar el mensaje religioso de las obras más significativas expresadas en los distintos estilos artísticos.
4. Conocer y valorar críticamente la relación entre la religión y el cine.

DIMENSIÓN CULTURAL DE LA FE.

Fe y Cultura.

En sentido general, se entiende por **cultura** “el cultivo de los bienes y valores naturales”. Cultura es todo lo que el ser humano hace para cultivarse o desarrollarse: trabajo, comida, vivienda...; es el estilo de vivir lo cotidiano, **la forma de vivir la realidad**.

Existen **diferentes culturas** según las distintas formas de vivir la realidad. Cada cultura está estrechamente relacionada con el espacio vital, la geografía, el clima, el suelo, el grado de desarrollo, la historia. Ello explica, por ejemplo, la diferencia entre la cultura primitiva y la moderna, entre la cultura oriental y la occidental.

La cultura está **en la base de la fe religiosa**, influyendo en la manera de reaccionar ante los límites de la existencia, en la forma de percibir el misterio, de experimentar lo sagrado, de expresar en el sentido de la vida. La religión nace encarnada en la cultura de un pueblo. Ello explica, en parte, algunas diferencias entre las distintas religiones, incluso las diferentes maneras de expresar y vivir una misma religión.

Aparte de la cultura típicamente religiosa, **las religiones tienden a influir en la cultura general**, orientándola hacia los fines que se

consideran más edificantes y dándole un sentido más gratificante, en conformidad con las propias creencias.

De este modo, las religiones suelen modelar la propia cultura, proyectando en ella su visión del mundo, del ser humano y de la sociedad. Así pues, la fe religiosa tiene una **doble dimensión cultural**: se encarna y nace dentro de una cultura asumiendo sus valores y genera nueva cultura inspirando valores nuevos.

El cristianismo en la cultura.

La persona formada en el ámbito de la civilización occidental, vaya a donde vaya, lleva siempre consigo, consciente o inconscientemente, valores oriundos del cristianismo; este dejó huellas en la historia, en los usos y costumbres, en la lengua y en la literatura, en el arte y en la música.

En la historia.

A partir del cristianismo, la historia se divide en **antes y después de Cristo**, siendo Él centro de ella. La historia de Occidente y, más concretamente de España, no podría ser entendida si prescindimos del cristianismo, pues está prácticamente en la base misma de todos los acontecimientos que configuran nuestra historia.

Hasta el siglo IV, el cristianismo se desarrolló en un medio hostil, pero su fuerza y vitalidad fueron expandiéndose hasta ser asumido como religión oficial del Imperio Romano.

Su función clave durante la invasión de los bárbaros y después de la caída del Imperio. A partir de entonces, y **durante toda la Edad Media**, la historia de Occidente se funde con la historia de la Iglesia.

Las revoluciones de la Edad Moderna y de la Edad Contemporánea, las vicisitudes políticas, las situaciones socioeconómicas y las fuerzas ideológicas no podrían entenderse sin tener en cuenta el papel que jugó en todo ello la religión.

En España, a partir de la conversión de Recaredo y, más concretamente, desde los famosos concilios de Toledo, el cristianismo ha

estado presente en las instituciones, inspirando las grandes decisiones, leyes y directrices, etc...

En los usos y costumbres.

La **geografía** de Europa y, en concreto, la de España, está marcada por señales típicamente religiosas que hablan de las costumbres y creencias de nuestros pueblos: templos y conventos coronan nuestros pueblos y ciudades; ermitas y monasterios dan nombre e identidad a muchos valles y montañas; la cruces jalonan nuestros caminos.

También el **tiempo** está marcado con el signo religioso; el domingo saca a la semana de su monotonía, las fiestas anuales dan vida, calor e ilusión; en torno a las fiestas surgen romerías y folclore con sus danzas y canciones.

En la lengua y en la literatura.

Nuestro pensamiento, nuestras expresiones, nuestro vocabulario y formas literarias han ido alcanzando su madurez dentro del cristianismo. Este constituye en gran medida el contexto histórico y conceptual de nuestra lengua.

Nuestra concepción del mundo, de la vida, de la sociedad, del mal, etc., **hunde sus raíces en el cristianismo**. Muchas expresiones y muchos nombres están tomados del mundo bíblico. La literatura castellana está llena de motivos cristianos que inspiran bellas obras a autores antiguos, clásicos y modernos. Ya los primeros balbuceos literarios nacen inspirados por la fe (Cantigas, Milagros de Nuestra Señora...).

A la poesía lírica castellana le hubiera faltado parte de su belleza sin la aportación de los místicos. Aparte de las obras de carácter eminentemente religioso, apenas existen autores que al plasmar la vida en sus escritos no reflejen también motivos religiosos. El mismo refranero, que recoge de un modo tan bello la sabiduría popular, está salpicado de motivos religiosos.

En el arte y en la música.

Como manifestaciones del espíritu, el arte y la música sirven para expresar los sentimientos más recónditos del ser humano, entre ellos el sentimiento religioso.

La Iglesia se hizo heredera del espíritu artístico que animó las culturas griegas y romanas. En su seno nace el arte románico, gótico, renacentista y barroco, donde se plasma el espíritu cristiano.

Asimismo, la música ha sido la vibración del espíritu cristiano que ha animado tantos siglos de historia. Gran parte de la música que llena nuestra historia está inspirado en motivos cristianos, sin los cuales no podríamos sintonizar con ella.

MANIFESTACIONES ARTÍSTICAS DE LA FE.

Sentido religioso del arte.

Entre las actitudes más nobles del ingenio humano se cuentan, con razón, las bellas artes, principalmente el arte religioso y su cumbre, que es el arte sacro. Estos, por su naturaleza, están relacionados con la infinita belleza de Dios, que intentan expresar de alguna manera por medio de obras humanas (Concilio Vaticano II: Sacrosanctum concilium, 122).

Toda obra de arte tiene una **dimensión espiritual**: despierta la sensibilidad, eleva el espíritu, produce gozo, paz, fuerza, consuelo. Miles de personas encuentran en la música, en la poesía, pintura, teatro o cine un sentido que recrea su espíritu, deleita, serena, anima y excita, a veces hasta el éxtasis.

Muchos artistas reconocen en el arte también una **dimensión religiosa**. En cuanto búsqueda del sentido profundo de la existencia, la religión está muy presente en el arte.

El arte refleja las inquietudes y luchas del ser humano por escapar del estrecho recinto existencial que aprisiona las ansias de infinito. El ser humano ha expresado a través del arte su necesidad de ensanchar el espacio vital, abrir ventanas a un mundo nuevo, de espiritualizar la materia venciendo en su propia casa al materialismo que amenaza con devorar el espíritu.

A través del arte el ser humano expresa los sentimientos más recónditos que a veces no es capaz de verbalizar: “El arte refuerza lo mejor de lo que es capaz el hombre: la esperanza, la fe, el amor, la belleza, la devoción o lo que uno sueña u espera.... En el arte se expresa el instinto interior de la humanidad. A parte de la imagen artística, la humanidad no ha inventado nada de manera desinteresada. Por eso quizá la existencia humana adquiera sentido en la creación artística. Y quizá se demuestre precisamente en ello que hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios” (A. Tarkovski).

Arte religioso.

En sentido estricto, se entiende por arte religioso aquel que contiene temas relacionados directamente con la religión. Sin embargo, a veces el artista utiliza los temas religiosos solo como pretexto para expresar el arte y otras veces a través de temas profanos expresa un sentido religioso: búsqueda de la dimensión profunda de la existencia, expresión de experiencias límite, apertura al misterio último, etc. Por eso conviene distinguir entre sentido religioso del arte y arte religioso.

Las obras de arte religioso han sido presentadas como “los ojos de la fe”. A través de las creaciones artísticas el creyente puede ver el sentido que da la fe a la vida, al nacimiento, al trabajo, al sufrimiento, a la muerte. Puede ver también el mundo que anticipa la fe, un mundo futuro lleno de belleza y de felicidad que escapan a la fugacidad del tiempo y a las limitaciones del espacio.

En la religión cristiana, el arte religioso empezó teniendo una **función didáctica**: enseñar de una forma plástica el contenido de la fe. Buen ejemplo de ello es la rica simbología cristiana, los retablos, los baptisterios, las biblias miniadas, etc.

El arte religioso también tiene una función de **ambientación espiritual** para fomentar la devoción: vidrieras con efectos cromáticos y luminosos que crean un clima propicio para la contemplación, imágenes que despiertan sentimientos de piedad, amor, paz, esperanza, etc.

Arte sacro.

Es el arte religioso **destinado al culto**. Suele ser expresión de la fe colectiva. Todas las religiones se han servido del arte para expresar las ideas, inquietudes y sentimientos que inspira la fe, dando lugar a obras muy bellas de arquitectura, escultura, pintura, literatura, etc., que han sido consagradas como lugares, objetos e instrumentos de culto.

A través del arte muchas personas han llegado a **sentir la cercanía de Dios**. “Entre ver a Dios cara a cara y el negar su existencia porque no se le ve, está el signo y la imagen para intuirle... Desde la encarnación, tiene una gran importancia como lugar teológico lo visible y lo humano, mediación indispensable para encontrar a Dios. Se requiere, por eso, una educación cuidadosa de la afectividad, de la sensibilidad y la imaginación con la inteligencia, para descubrir la belleza misma en el fondo de las cosas bellas” (*Las edades del hombre, Valladolid, 1.988*).

Pero el arte también es ambiguo: puede agotarse en la percepción y deleite de la belleza sensible e **impedir el acceso a Dios** o al misterio que quiere representar.

Esta ambigüedad se pone de manifiesto sobre todo en las imágenes, en cuanto que tienden a acaparar toda la atención hasta confundirse con la realidad que quieren representar. Por ello en la Biblia se prohíbe “fijar a Dios en imágenes” (Éx 20, 4-5). Siguiendo esta prescripción, la religión judía no tiene imágenes plásticas de Dios. También la religión islámica prohíbe representar en imágenes a Alá y a Mahoma.

En la religión cristiana al principio no se hacían imágenes siguiendo la costumbre judía, pero ya en el siglo III empezaron a aparecer imágenes de Jesús y, más tarde, de María y de los santos. Cuando estas imágenes absorbían toda la atención hasta el punto de ocupar el lugar de Dios, entonces los pastores de las iglesias se veían obligados a instruir a sus fieles para no caer en esta tentación. Algunos obispos incluso destruyeron las imágenes. El papa León III escribe al obispo de Marsella: “Hiciste bien al prohibir adorar la imagen, pero mal al destruirla, porque lo que la escritura es para los que saben leer, la imagen es para aquellos que no saben”.

En la Iglesia Oriental siempre se ha tenido una veneración muy especial por los iconos. Pero en los siglos VIII y IX algunos emperadores la consideraron una idolatría y mandaron destruir los iconos. Sin embargo, para el pueblo tenían un significado tan sagrado que muchos murieron por defenderlos. En el siglo XVI los protestantes, basándose en la prescripción bíblica (Ex 20), retiraron de los templos todas las imágenes.

La Iglesia Católica, ya en el Concilio II de Nicea (año 787) insistió en las ventajas de las representaciones, tanto pintadas como esculpidas: “Cuanto más se miran, más nos recuerdan a aquel que está representando, más nos esforzamos en imitarlo, más nos incitan a manifestarles respeto y veneración, sin por ello rendirles culto de latría propiamente dicho, reservado solo a Dios”.

Patrimonio artístico y cultural de la Iglesia.

Existe un parentesco natural entre el arte y la religión: “Arte y religión son dos caminos por los que el hombre escapa de la circunstancia hacia el éxtasis (C. Bell). En la religión cristiana, este parentesco ha constituido un maridaje tan fecundo que ha llenado de obras siglos de la historia. Efectivamente, a lo largo de su historia la fe cristiana se ha servido del arte para expresarse según las sensibilidades y estilos de cada época, contando hoy con un gigantesco patrimonio artístico.

Las Iglesias, catedrales, conventos y universidades eclesiásticas con sus tesoros artísticos y sus bibliotecas conforman el patrimonio cultural que la Iglesia ha ido heredando y creando a lo largo de su historia. Muchas de las obras artísticas que se exhiben en museos nacionales proceden del patrimonio de la Iglesia.

Este patrimonio no debe ser interpretado como un signo de riqueza material, ni debe ser utilizado con fines lucrativos, sino como un **servicio** en su doble dimensión: **cultural y religiosa**.

Hoy, este patrimonio artístico cumple una finalidad cultural, social y religiosa. Y con estos fines la Iglesia lo conserva, lo cuida y lo da a conocer. Sin embargo, como Juan Pablo II recomienda, “ante los casos de necesidad no se debe dar preferencia a los adornos superfluos de los templos y a los objetos preciosos del culto divino; al contrario, podría ser

obligatorio enajenar estos bienes para dar pan, bebida, vestido y casa a quien carece de ellos” (*Sollicitudo rei socialis*, 31).

EL ARTE CRISTIANO EN LA HISTORIA.

Arte paleocristiano.

Las primeras manifestaciones artísticas de la fe cristiana aparecen en las **catácumbas**; se trata de símbolos y figuras tomadas del arte funerario judío y pagano, pero dotadas de un significado propio. Son signos de salvación y vida, como la cruz, el áncora, el pez, el racimo de uvas, el cordero, el buen pastor..., que caracterizan el arte de las sinagogas y de los sarcófagos cristianos.

En el siglo IV, tras el giro de Constantino, el arte cristiano adopta el lenguaje y los símbolos de la cultura romana para expresar la fe: el lábaro constantiniano con letras alfa y omega, el crismón, las basílicas romanas, imágenes de Cristo al estilo de los emperadores romanos y de Júpiter.

Arte bizantino y románico.

Tras la caída del Imperio Romano de Occidente (siglo V), cayó también en crisis el arte cristiano occidental. En cambio, en Bizancio, capital del Imperio Romano de Oriente, el arte cristiano brilló con todo su esplendor; buena muestra de ello es la Iglesia de Santa Sofía (en la actual Estambul) y la riqueza de pinturas e iconos. El arte bizantino utiliza el oro y los fondos y detalles de los vestidos como símbolo de la grandiosidad y esplendor de Dios: las figuras representan personajes inmóviles, con los ojos muy dilatados, absortos en la contemplación de la gloria a Dios.

En los siglos XI y XII empiezan a extenderse por toda Europa el **arte románico** que nace en la abadía benedictina de Cluny. El arte románico toma muchos elementos del bizantino, donde se funden las influencias clásicas grecorromanas y orientales bajo un sello peculiarmente cristiano. Buen ejemplo de ello es el Pantócrator, creación del arte bizantino y asumido por el románico. El Pantócrator aparece en los ábsides y tímpanos de las iglesias rodeado por los símbolos de los evangelistas o tetramorfos (los cuatro vivientes del Apocalipsis). También abundan las imágenes majestuosas de Cristo crucificado, de la Virgen y del grupo de

los apóstoles. Así mismo son de destacar los códices miniados y, en especial, los dedicados al Apocalipsis.

Arte Gótico.

A finales del siglo XII el arte comienza a transformarse, adquiriendo más movimiento y agilidad, más luminosidad y perspectiva, más elevación: aparece el **gótico**, que llenará los siglos XIII y XIV.

Es el apogeo de la cristiandad medieval. Mientras papas y emperadores luchan por la hegemonía de la cristiandad, el ambiente se llena de un espíritu cristiano militante: cruzadas, peregrinaciones, órdenes religiosas, universidades y catedrales.

El arte gótico es la expresión más bella de esa espiritualidad que eleva e ilumina lo humano acercándolo a lo divino. Las imágenes de Jesús recogen con mayor expresividad el elemento humano quedando transfigurado bajo la expresión divina. La figura de Jesús en la cruz se hace más humana dando cada vez mayor cabida al sufrimiento hasta llegar a un crudo realismo al final, precisamente en una época que sufre los estragos de la peste y de las guerras.

Arte Renacentista.

En el siglo XIV, cuando todavía el gótico está en pleno auge, aparece una nueva corriente que logra imponerse en los siglos XV y XVI. Como alternativa al pensamiento medieval, que solo valora lo humano en cuanto reflejo de lo divino, esta corriente retorna a los clásicos griegos y latinos, que inspiran un mayor humanismo: **aprecio de lo humano** en sí mismo, exaltación de la naturaleza, naturalismo artístico, dominio del hombre.

¿Cómo reaccionará la fe cristiana ante esta corriente humanista que hace renacer el paganismo grecorromano? ¿Se dejará paganizar el cristianismo? ¿Se cristianizará este paganismo renaciente? ¿En qué se

inspiran los artistas cuando representan motivos religiosos? ¿En qué se inspira Miguel Ángel al pintar el Juicio Final o al esculpir La Piedad?

En las imágenes religiosas renacentistas se aprecia una gran preocupación por las formas, por la exactitud de la anatomía, por la belleza naturalista. Algunas imágenes de Cristo parecen más inspiradas en el ideal de belleza viril propio del humanismo renacentista que en el hombre ideal que inspira la fe cristiana.

Contra esta tendencia paganizante del arte religioso surge un **movimiento espiritual** que encuentra en el Greco su expresión más digna. Los reformadores protestantes se declaran radicalmente en contra de las imágenes. Los católicos las acogen dándoles un sentido sobrenatural que despierta sentimientos de dolor, compasión, piedad; se fomenta la devoción a la pasión, alimentada con procesiones e imágenes de Jesús en la cruz, en el huerto, atado a la columna, etc.

Arte Barroco.

A finales del siglo XVI surge el **Barroco**, que encuentra su máximo esplendor en el XVII y sobrevive hasta muy entrado el XVIII. Conecta con el Renacimiento pero rompe con las reglas tan estrictas y busca de un modo más libre **lo grandioso y lo efectista**. Su influencia se dejará sentir sobre todo en la piedad popular, proyectándose sobre un Cristo que a veces hace brotar las lágrimas: Ecce Homo, Santo Rostro, Cristo de la Agonía, Cristo de la Piedad, etc.

En España es la época de los **grandes imagineros**, que construyen “pasos” para las procesiones de Semana Santa y retablos para los altares. Hay maestros como Gregorio Fernández, Montañés, Juan de Mesa, Francisco Salzillo, Roldán, etc., que supieron guardar el equilibrio, reflejando en sus imágenes el realismo de la pasión pero sin caer en sentimentalismos.

En la pintura se dulcifican más los motivos y las formas como puede verse en los cuadros de Ribalta, Ribera, Velázquez, Zurbarán y

Murillo. Es de destacar el *Cristo Crucificado de Velázquez*, que resplandece por su perfección y sencillez.

Crisis del arte religioso.

Ya a partir del Renacimiento comienza a notarse un distanciamiento entre arte y religión. Los artistas se dedican cada vez más a representar motivos no religiosos. Por otro lado, la religiosidad popular se hace cada vez más pietista. Con la **Ilustración** (Siglo XVIII) se abre una **ruptura entre razón y fe**, separándose el orden natural del sobrenatural. Los artistas reflejan en sus obras la visión racionalista y tecnicista del mundo, alejándose de las realidades religiosas.

La religión popular se refugia en una espiritualidad intimista, al margen de los movimientos intelectuales, culturales o sociales. Esta espiritualidad es alimentada de devociones sentimentales sin conexión con los problemas reales, de oraciones angelicales, imágenes nímbeas, asexuadas, amaneradas y fuera de la realidad. Aparecen estampas de Jesús donde todo parece postizo: el pelo, la barba, la mirada, el corazón, el gesto. También los altares se llenan de imágenes que despiertan un sentimentalismo efímero y estéril.

Movimientos Vanguardistas.

A finales del siglo XIX surge un movimiento vanguardista que se va sucediendo a lo largo del siglo XX.

El tema religioso no abunda excesivamente en las vanguardias artísticas, pero tampoco está ausente. Basta con recordar en pintura a Gauguin, Van Gogh, Matisse, Chagall, Rouault, Picasso o Dalí; en arquitectura a Gaudí o Fisac; en música a Mompou, Strawinsky o Haffer; asimismo, el tema religioso tiene una significativa presencia en la literatura actual en el cine, como veremos después.

En el Concilio Vaticano II (1.962-1.966) cristaliza un movimiento renovador que venía fraguándose ya desde inicios del siglo XX en el campo litúrgico, bíblico y catequético, etc. A partir del Concilio, la Iglesia se abre

más a los problemas del mundo en diálogo a la ciencia, la cultura, la política y el arte.

En su mensaje a los artistas, el Concilio les dice: “Hoy como ayer, la Iglesia os necesita y se vuelve hacia vosotros... No rehuséis poner vuestro talento al servicio de la verdad divina. No cerréis vuestro espíritu al soplo del Espíritu Santo”.

Y los artistas siguen buscando **nuevas imágenes** que expresen lo que la fe significa para el hombre de hoy, un hombre amenazado por el miedo a que se agoten las reservas energéticas, un hombre acosado por los males que asolan la naturaleza y contaminan la vida en el agua y en el aire, un hombre víctima de un trabajo deshumanizante o desechado en el paro, un hombre angustiado por la amenaza de un desastre nuclear, un hombre roto y destrozado. Muchos artistas, sensibilizados por la realidad que sufre el hombre de hoy, vuelven los ojos a Cristo crucificado, un Cristo roto, que representan de un modo simbólico y en el que puede creerse reflejado el hombre de hoy.

LA RELIGIÓN Y EL SÉPTIMO ARTE.

El encuentro de la religión con el cine.

Cine y religión siempre se han mirado con desconfianza. En un principio, la Iglesia se puso a la defensiva viendo en el cine más los peligros que los valores que podía aportar. Pero poco a poco fue tomando conciencia del valor artístico, cultural y social y del interés que ofrecía desde el punto de vista religioso.

Consciente del **valor e importancia del cine**, el Concilio Vaticano II recomienda “la producción y exhibición de las películas útiles para el honesto descanso del espíritu, la cultura y el arte humano, sobre todo de aquellas que se destinan a la juventud” (*Inter mirifica*, 14).

Es cierto que el tema religioso no abunda mucho en el cine, pero tampoco está ausente, pudiendo distinguir entre el cine que refleja la dimensión profunda y trascendente de la existencia y cine que refleja la dimensión profunda y trascendente de la existencia y cine que tratan aspectos formalmente religiosos: temas bíblicos, hechos de la historia del cristianismo, vidas de santos, cuestiones de moral social cristiana, etc.

Cine con sentido trascendental y religioso.

Es el cine que trata de problemas existenciales en los que la religión juega un papel esencial: sentido de la vida, del dolor y de la muerte, dudas de fe, preguntas últimas, etc. Podemos destacar las películas siguientes:

- **La palabra (1.995):** de Carl Theodor Dreyer. Trata del sentido de la trascendencia a propósito de la muerte de una madre al dar a luz a su hijo.
- **El séptimo sello (1.957):** de Ingmar Bergman. Plantea las diversas posturas ante el problema del más allá. En general, todas las películas de Bergman tienen una carga de fuerte religiosidad.
- **Stalker (1.979):** de Andrei Tarkovsky. Tres personajes que representan la fe, el arte y la ciencia se encuentran en una encrucijada de caminos en busca de la fuente que sacie sus deseos.

Dentro del cine español podemos destacar *La frontera de Dios (1.963)*, *de Ardavín y la herida luminosa (1.997)*, *de Garci*. Merece mención aparte Luis Buñuel, que trata el tema religioso en gran parte de sus películas desde una actitud crítica y, a veces, mordaz.

Cine sobre temas religiosos.

- **Intolerancia.** 1.916, de David W. Griffith. Cuatro historias paralelas cuentan la intolerancia de los hombres a lo largo de la historia: la caída de Babilonia, la peregrinación de Jesús, la matanza de los hugonotes y una huelga que manifiesta la lucha entre el capital y los trabajadores.
- **Los diez mandamientos.** 1.923, de Cecil B. De Mille. Obra que sorprende por sus hallazgos expresivos. La secuencia del paso del Mar Rojo es tan espléndida desde el punto de vista técnico, que en 1.956, cuando De Mille repite tema y película, copia plano a plano la secuencia rodada treinta y dos años antes.
- **Rey de reyes.** 1.927, Cecil B. De Mille. Es una película brillante sobre Jesús, con escenas extraordinarias, como la última cena y la crucifixión. En 1.961, Nicholas Ray realizó una nueva versión con secuencias llenas de emotividad, como el sermón de la montaña y la curaciones de Jesús.

- **El arca de Noé.** 1.929, de Michael Curtiz. El tema y, sobre todo, la larga secuencia del diluvio eran propicios para experimentar con la nueva forma de entender las películas.
- **Sansón y Dalila.** 1.949, una de las más populares películas sobre personajes bíblicos debida al maestro Cecil B. De Mille, que se especializa de tal manera en estos temas que será conocido en el mundillo del cine como “Míster Biblia”.
- **Diario de un cura de aldea.** 1.950, de Robert Bresson. Basada en la novela de Bernanos, narra la tormentosa vida de un cura de aldea desde que se hace cargo de la parroquia hasta su temprana muerte.
- **Quo vadis?** 1.951, de Mervyn Le Roy. Narra los amores arrebatados de un centurión duro de cerviz y una cristiana capaz de convertir al más remiso. Y todo ello durante la terrible persecución de Nerón.
- **Salomé.** 1.953, de William Dieterle. Narra el cautiverio de Juan Bautista, las crueldades caprichosas de Herodes y la belleza de Salomé, que ejecuta con especial gracia la danza de los siete velos.
- **La túnica sagrada.** 1.953, de Henry Koster. Primera película rodada en cinemascope, cuenta la historia del esclavo Demetrius, que hereda en el Gólgota la túnica de Jesús. Su gran éxito de taquilla propició una segunda parte, *Demetrius y los gladiadores*.
- **Marcelino, pan y vino.** 1.954, de Ladislao Vajda. Basada en un cuento de J.M Sánchez Silva, narra las tiernas peripecias de un niño abandonado a las puertas de un convento franciscano, es recogido y criado por los frailes.
- **El beso de Judas.** 1.954, es la única película española que intenta una aproximación digna a la Biblia. Dirigida por Rafael Gil, con guión de Vicente Escrivá, fue bien acogida por el público de la época.
- **Ben Hur.** 1.959, de William Wyler. Basada en la novela de Lewis Wallace, es una historia en los tiempos de Jesús, que tiene poco de bíblico y muchísimo de novela de aventuras, protagonizada por el príncipe judío Ben Hur. La carrera de cuadrigas ha quedado grabada con letras de oro en la historia del cine de acción.
- **El evangelio según San Mateo.** 1.964. Pier Paolo Pasolini intenta meter en el mismo saco a Marx y a San Mateo. Es una

película bellísima, con escenarios naturales y una composición visual llena de originalidad, destacando la sencillez y austeridad con que están narrados los hechos de la vida de Jesús.

- **La historia más grande jamás contada.** 1.965, de George Stevens. Representa la vida de Jesús con una factura técnica casi perfecta, pero tan fría y distante que consiguió la indiferencia del gran público.
- **La Biblia.** 1.965, de Jhon Huston. Interesantísima recreación de los primeros capítulos del Génesis. La creación del mundo, Adán y Eva, Caín y Abel, el diluvio Universal y la historia de Abraham llenaban tres horas de proyección y eran parte de un proyecto que no tuvo continuidad.
- **Jesucristo Superstar.** 1.973, de Norman Jewison. Es un musical “hippie” que se basa en la ópera rock de Andrew Lloyd Weber y está rodada en escenarios naturales.
- **El Mesías.** 1.976, de Roberto Rosellini. Cuenta la historia de los patriarcas para desembocar en el personaje del Mesías. Es una narración plana, como la de un cronista que cuenta simplemente lo que sucede a su alrededor; lo sublime está contado con sencillez.
- **Jesús de Nazaret.** 1.977, de Franco Zeffirelli. Fiel al texto evangélico, Zeffirelli compone un fresco de gran belleza y serenidad. El Cristo, interpretado por el actor británico Robert Powell, es de los más convincentes que se han visto en la pantalla. Nunca los ojos de Jesús han sido tan claros y penetrantes como en esta película.
- **La última tentación de Cristo.** 1.988, de Martin Scorsese. Está basada en la novela de Kazantzakis. Es la visión de un Cristo humano, enamorado de María Magdalena, que reflexiona sobre su destino. Película de enorme impacto popular, tachada de falsa, provocativa y blasfema.

TEMA 5. Problemas morales y sociales de nuestro tiempo.

OBJETIVOS:

1. Observar los síntomas más significativos de la **crisis moral**, buscar sus raíces y plantear algunas líneas de acción para salir de ella.
2. Tomar conciencia de los problemas que afectan a la vida y a la **dignidad humana**, y de la necesidad de tomar medidas para solucionarlos.
3. Ser conscientes de los problemas que afectan a la **justicia social** y de la necesidad de crear un orden social más justo.
4. Conocer el **compromiso social cristiano** de promover la solidaridad y la paz, el ejemplo de Jesús y los testimonios de su Iglesia.

CRISIS MORAL.

Crisis de valores.

Valor es todo aquello que favorece la plena realización de la persona. Existen diversas clases de valores: sensibles, útiles, vitales, éticos, estéticos, intelectuales, religiosos... “El valor moral consiste en la realización de los demás valores, respetando la jerarquía objetiva (Max Scheler).

Entendemos por crisis de valores la falta de referencias o criterios objetivos para establecer una escala donde cada valor tenga su debido lugar. Por eso la crisis de valores siempre es una crisis moral.

Max Scheler ha establecido la siguiente escala objetiva de valores:

1. Valores de lo agradable y lo desagradable: placer-dolor sensible.
2. Valores vitales: salud-enfermedad, alegría-aflicción, éxito-fracaso.
3. Valores espirituales:
 - Estéticos: belleza-fealdad.
 - Éticos: justicia-injusticia.
 - Intelectuales: verdad-falsedad.
4. Valores religiosos: lo sagrado-lo profano.

Según podemos apreciar, en esta clasificación aparece el valor ético, pero no el valor moral. Para M.Scheler, el valor moral carece de materia o contenido propio y consiste en la realización de los demás valores dentro de un orden jerárquico objetivo.

En realidad, quizá el valor moral coincide exactamente con lo que tradicionalmente se ha llamado “virtud”. Los griegos utilizaban la palabra *areté* para designar lo que nosotros llamamos “virtud”. Ya desde Platón es habitual decir que las cuatro virtudes fundamentales o cardinales son **la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza**. Interpretadas desde la perspectiva del valor, podríamos definir las así:

- 1. Prudencia.** Es el arte de discernir el valor que ha de ser elegido – y en qué medida – en cada caso.
- 2. Fortaleza.** Es el coraje para realizar y defender el valor.
- 3. Templanza.** Es la moderación ante los valores inferiores (de tal manera que no dañen a los superiores).
- 4. Justicia.** Es el respeto y la lucha por los valores de que gozan (o deberían gozar) los demás.

Profundizar en estas definiciones tan elementales y necesariamente incompletas podría ayudar mucho en la comprensión del valor moral y en el análisis de la crisis de valores que hoy padece nuestra sociedad.

Vacío moral.

En una sociedad sin puntos absolutos de referencia, cada cual eleva a categoría de absoluto los valores relativos dependientes de las circunstancias o situaciones en que vive. De esta forma surge un relativismo moral, donde el criterio dominante es el “depende”.

El relativismo moral conlleva una actitud de permisividad e indiferencia moral regida por el “todo vale”. Pero donde todo vale, nada vale; unos se comportan de una manera “porque sí” y otros actúan de otra manera “porque no”. Fallan razones y argumentos, y es que donde no hay principios ni fundamentos todas son opiniones “porque sí” (pensamiento débil); donde no hay una razón universal que dé cohesión y coherencia al pensamiento, todo son fragmentos; se vive en la incoherencia y hasta en la contradicción.

Occidente vive una época de vacío ideológico, de desconcierto moral, de crisis de valores. No es que hayan desaparecido los valores. Lo que ha desaparecido es el punto de referencia absoluto de los valores, el valor supremo, aquello que todos reconocen, aceptan y valoran sin discutir.

Decía Gandhi que “la verdadera moral es inseparable de la verdadera religión; esta es a aquella como el agua a la semilla oculta en la tierra”.

Sin embargo, esta relación cordial se ve corregida en una sociedad moderna y secularizada, donde la moral queda relegada al ámbito de la autonomía individual.

La cultura moderna creó un tipo de persona racionalista e individualista e introdujo un estilo de vida pragmático y hedonista, que fue vaciando progresivamente las conciencias de todo contenido ético de inspiración cristiana por considerarlo un freno para la eficacia y el progreso y un estorbo para una vida liberada y de disfrute.

Pero en estos últimos años hemos visto derrumbarse el mito del progreso. Las grandes esperanzas puestas en la modernidad se han visto incumplidas, extendiéndose poco a poco la convicción de no estar acertados en la forma de entender la vida ni de buscar la felicidad: “La crisis de la cultura moderna es, en gran parte, crisis de una sociedad que se está quedando sin horizonte, sin metas ni puntos de referencia en su búsqueda de un futuro mejor para la sociedad”.

SÍNTOMAS DE LA CRISIS MORAL.

Superficialidad.

Ante la falta de horizonte surge un tipo de persona extravertida hacia lo que satisface instantáneamente sus apetencias, una actitud consumista que busca la felicidad en lo inmediato, en lo efímero, en lo superficial, perdiendo la dimensión de profundidad, interioridad, espiritualidad, de futuro, de esperanza.

Vivimos en una sociedad sometida a cambios continuos y rápidos, infinidad de objetos reclaman nuestra atención, sin profundizar en ninguno. Vivimos una cultura de *zapping*: la gente va pasando por los distintos programas, ambientes, relaciones, amor, amistad..., satisfaciendo solo la curiosidad; o “mariposea” de flor en flor posándose solo en lo superficial y sin captar lo esencial; con frecuencia se olvida de que “lo esencial es invisible a los ojos” y que “solo se ve bien en el corazón”.

Desmoralización.

Ante la falta de horizonte surge también la desmoralización, el cansancio y el desfondamiento, tras comprobar que la cultura de la satisfacción no logra realizar de un modo pleno a la persona.

Por otro lado, hoy vivimos en una sociedad donde los niños nacen y crecen con sus deseos satisfechos, sin necesidad de esforzarse y luchar por conseguir sus gustos. Con estos antecedentes es fácil derrumbarse y venirse abajo ante las adversidades, dificultades y contratiempos.

Todavía los mayores recuerdan aquellos tiempos de privaciones, incomodidades, sacrificios, austeridad, economía de subsistencia... y no entienden la desmoralización, hastío, desánimo... de los más jóvenes a quienes no les falta de nada. Quizá el fallo esté precisamente en que no han aprendido a esforzarse, a esperar, a sacrificarse, a merecer lo que tienen.

Corrupción.

Esta situación de vacío moral es el caldo de cultivo para la corrupción, negocios sucios, dinero negro, especuladores, fraudes..., por un lado, y para la permisividad, droga, promiscuidad sexual, pornografía..., por otro.

Cuando hemos llegado a establecer como pauta social indiscutible que el tener ha de ser nuestra aspiración primera; cuando un liberalismo salvaje ha borrado todos los escrúpulos y nos induce a buscar el máximo de ganancias, sin reparar en los medios; cuando ganar mucho, pero trabajando poco, es uno de nuestros sueños dorados, vamos tejiendo la estructura espesa de la inmoralidad que da como fruto normal la corrupción...

Esta corrupción no se resuelve solo con la intervención de la justicia, ni poblando de policías nuestras calles y plazas. La solución ha de llegar de la misma sociedad, cuando la mayoría de los ciudadanos que la formamos renunciemos a las pautas corruptoras que la dominan y nos decidamos a avanzar por criterios y conductas de verdad, de igualdad y de bien común /Javier Osés, Obispo).

VIOLACIÓN DE LOS DERECHOS FUNDAMENTALES DE LA PERSONA.

La falta de respeto a la vida humana.

La vida humana es el bien más valioso, fundamento de todos los bienes y fuente de todos los valores. La vida de cada persona tiene un valor en sí mismo que nadie tiene derecho a revocar. Pero el supuesto indiscutible del valor absoluto de la vida humana se va ensombreciendo en la práctica por continuas agresiones: suicidios, homicidios, muertes legalizadas, abortos, eutanasias, etc...

Por un lado, vemos que la vida humana es afirmada en sus raíces. Teóricamente, todos reconocemos que vivir es mejor que no vivir; reconocemos el respeto que merece la vida humana, la vida propia y la vida de los demás. La afirmación de la vida, como el bien más valioso del ser humano, responde a una convicción universal que se ha mantenido a pesar del cambio de culturas.

Por otro lado, vemos que la vida humana, de hecho, no es respetada. Vemos agresiones de todo tipo; personas agredidas por el hambre, las guerras, el terrorismo, el racismo y la xenofobia; personas que pierden las ganas de vivir y buscan refugio en la muerte. Vemos que a veces se juega impunemente con la vida de otras personas; que incluso en las pantallas de los cines la agresión y el crimen son objeto de complacencia y agresión.

La falta de respeto a la dignidad de las personas.

Por muchos títulos que alguien posea, ninguno igualará en dignidad y grandeza el hecho de ser persona. El ser humano descubre su propia dignidad cuando se siente persona. Ser persona nos iguala a todos en dignidad. Los títulos nobiliarios o académicos, los honores, las riquezas, el prestigio social, el poder político, la fama o la popularidad no añaden ni un ápice a la dignidad humana.

En la Declaración Universal de los Derechos Humanos se proclama que “**todos los seres humanos nacen libres e iguales**”. Tan dignos son los niños que nacen pobres y desheredados como los hijos de los magnates que nadan en la abundancia. Y tan dignos son los mendigos, drogadictos o alcohólicos como los reyes, héroes o santos. También los delincuentes gozan de la dignidad humana por el hecho de ser personas.

Pero así como no hay personas indignas, sí existen obras indignas de una persona. Degradan su propia dignidad de personas quienes atentan contra su propia vida o contra la vida de los demás, amenazan o quitan la libertad, utilizan la violencia frente a la razón, manipulan las mentes y las conciencias de los más indefensos, etc.

La dignidad humana exige el respeto a la singularidad, originalidad y especificidad de las personas como seres únicos, irrepetibles y libres, como sujetos (no objetos) abiertos a la trascendencia y llamados a realizarse de una forma plena. Pero ¿en qué se basa finalmente la dignidad de las personas? ¿En la capacidad de razonar? ¿En su capacidad de libertad para decidir lo que desea hacer con su vida? ¿Carecen entonces de dignidad los que padecen minusvalías o deficiencias mentales? ¿Dejan de ser dignas las personas que han perdido esa capacidad de decidir?

Para el cristiano, la dignidad humana se basa en la constitución del ser humano creado a imagen de Dios con capacidad para conocerle y amarle como hijo de Dios Padre y para dominar sobre los demás seres creados como colaborador de Dios Creador: “Dijo Dios: Hagamos al ser humano a nuestra imagen y semejanza” (Gn 1,26).

Teóricamente todos estamos de acuerdo en los principios y exigencias de la dignidad humana, pero en la práctica vemos que esas exigencias no se cumplen: hay escándalos, vejaciones, trata de niños y mujeres, violaciones, tráfico de órganos humanos, tortura, mutilaciones, profanaciones de tumbas, etc.

Devaluación y pérdida del sentido de la sexualidad.

En los últimos años las conductas escandalosas y de violencia sexual han adquirido una gran resonancia social: abuso sexual a menores, violaciones, acoso sexual, perversión, utilización del sexo con fines comerciales, redes mafiosas para prostituir a jovencitas y jovencitos de países pobres, consumismo sexual, manipulación publicitaria de la miseria sexual heredada, ofertas de productos relacionados con el sexo para explotar la inmadurez sexual, pornografía para explotar el morbo y la curiosidad adolescente, bombardeo de estímulos sexuales a través de anuncios comerciales, programas televisivos y teléfonos eróticos, etc.

Muchos sociólogos opinan que estos tipos de conductas se ven favorecidas por la crisis moral, el anonimato y estilo de vida de las grandes ciudades, la observación repetida de conductas inmorales en los medios de comunicación, la falta de educación y formación en los valores humanos, éticos y religiosos, el descenso de la presión jurídico-legal, etc.

H. Cox: En el mundo de hoy se advierte una pérdida del sentido de la sexualidad, llegándose a confundir con el ejercicio genital. El sexo se reduce a una función biológica sin misterio alguno. De este modo se cae en una gran incoherencia: se

potencia lo genital, pero se le priva de toda significación humana; se busca la liberación por el sexo, pero lo que produce es decepción.

M. Vidal: El modo de vivir hoy la sexualidad en nuestra sociedad masificada es un indicador de fallos profundos en los valores personales. Detrás de esta “ola de sexualidad” se oculta aquella profunda problemática que hoy afecta a tantos hombres; una sexualidad reprimida o inmadura y sobrecompensada la mayor parte de las veces. En muchas de las manifestaciones de la sexualidad masificada de nuestro tiempo podemos ver “síntomas de regresión” (hipergenitalización de tipo infantil y hasta de signo “patológico” –el exhibicionismo cuantificado-). En muchos casos la sexualidad, en lugar de ser un servicio para la edificación de la persona, es empleada para realizar una “alienación” personal.

PROBLEMAS QUE AFECTAN A LA JUSTICIA SOCIAL.

Las grandes desigualdades sociales: un mundo de contrastes.

Las diferencias socioeconómicas entre el Norte rico y el Sur pobre son escandalosas:

- Dentro del Norte hay pobres de solemnidad. Dentro del Sur hay ricos también de solemnidad.
- Mientras unos no tienen empleo, otros están pluriempleados.
- Frente a sueldos de miseria hay sueldos millonarios. Y frente a contratos basura están los contratos blindados.
- Mientras unos mueren en la hartura, otros mueren de hambre.
- Mientras unos viajan en sus yates para disfrutar de paraísos naturales en países pobres, otros vienen en pateras a hacer los trabajos negros en países ricos.
- Mientras unos habitan en ricas mansiones y distintas según la época del año, otros no tienen ni donde caerse muertos.
- Mientras algunos animales domésticos comen y viven como personas, hay personas que trabajan como animales para poder comer y otras incluso mueren de hambre.

El clamor de los pobres.

Cincuenta años después de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, la Organización de Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) denuncia la terrible desigualdad de disponibilidad de alimentos entre los países más industrializados y los menos desarrollados.

Según el último mapa de nutrición, más de 800 millones de personas de países en desarrollo padecen formas de desnutrición crónica y dos millones tienen serias carencias de vitaminas y hierro.

Al dar las cifras de los que padecen hambre en el mundo, tanto la FAO como la OMS toman el número de calorías como punto de referencia para determinar si la nutrición es adecuada o no, estimando que existe desnutrición si no se llega a 2.700 calorías diarias.

En el informe *Estado mundial de la infancia 1.999*, UNICEF denuncia que cada día mueren 35.000 niños por desnutrición o enfermedades que se podrían evitar con menos de la mitad del dinero que gasta Europa en bebidas alcohólicas.

Según Caritas, en España hay más de seis millones de personas que están en el umbral de la pobreza y cerca de dos millones en situación de pobreza severa.

Familias sin hogar.

También la vivienda es uno de los derechos fundamentales de la persona. Sin embargo, según el *Informe sobre desarrollo humano 1.997*, publicado por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), más de mil millones de personas carecen de casa y unos 600 millones habitan en viviendas que representan una grave amenaza para su salud e incluso para su vida.

También hay que incluir aquí la trágica situación de los que han perdido sus casas a causa de los terremotos, huracanes, tormentas y también a causa de las guerras; o los que han tenido que huir de sus hogares a causa de la intolerancia, persecuciones y violencia: se calcula que hay unos 47 millones de refugiados y desplazados que sobreviven en tierra de nadie, a merced de la ayuda internacional.

Aunque no de una forma tan trágica, el problema de la vivienda afecta también a los países industrializados donde hay más de cinco millones de personas sin techo, sobre todo en las grandes ciudades, como Londres con 400.000 personas sin casa, o Moscú, donde se cree que unos 60.000 niños viven en la calle.

Según un informe de Cáritas, solo en España hay unas 273.000 personas que viven en la calle y muchas más en infraviviendas: 48.000 chabolas, 37.000 casas en estado ruinoso y 387.000 viviendas que no reúnen las condiciones higiénicas y sanitarias mínimas. Sin embargo, se estima que hay en torno a 1.300.000 viviendas vacías; mientras tanto, un millón de jóvenes buscan casa.

Este problema afecta sobre todo a inmigrantes, a personas con rupturas familiares y, como expresión extrema y más grave, a los indomiciliados y sin-techo. Según el Secretariado Interprovincial de los Hermanos de San Juan de Dios, la mayoría de los sin-techo son personas solitarias, solteros, separados, divorciados y casados que han huido o han sido expulsados de sus familias. Muchos de los transeúntes marginados son personas que han tenido situaciones o circunstancias adversas y han iniciado un proceso de desestructuración que pasa por el alcohol, la marginación y las drogas.

Desertización de la tierra.

¡Qué poco queda ya de aquella idílica imagen de los campos fértiles de África, que producían las dos terceras partes de los cereales consumidos en la antigua Roma! Hoy, dos tercios de la superficie son desiertos y sus bosques se reducen cada año a un ritmo tal, que dentro de un siglo todos habrán desaparecido, según el dictamen de los expertos.

Otras regiones conocidas por sus verdes selvas, como el Caribe o Iberoamérica, encierran una cuarta parte de las zonas desérticas del planeta. España es el País de la UE más afectado por el proceso de desertización, que ya afecta al 30% de su territorio.

La desertización no es un problema de pérdida de suelo, sino que influye también en la estabilidad y desarrollo de la geografía humana: está en correlación con la pobreza, la inseguridad y las migraciones. Lo vemos en África, donde gran parte de su población se ve obligada a emigrar a otras zonas más fértiles.

La degradación del suelo tiene un efecto multiplicador sobre los demás componentes del ecosistema, ya que afecta a la capacidad de regeneración de la cobertura vegetal, altera el ciclo hidrológico, produce cambios climáticos y repercute sobre el potencial faunístico. La gravedad de su amenaza reside en sus connotaciones de irreversibilidad, ya que todo el conjunto de la biosfera se ve degradado (J.L. Rubio).

COMPROMISO CRISTIANO.

Promover la cultura de la solidaridad y de la paz.

Cada vez son más las voces de expertos críticos que nos avisan de los peligros de un “desarrollismo ciego”. Según ellos, el desarrollo económico y tecnológico se está acercando a unos límites que amenazan la propia supervivencia del Planeta Tierra.

¿Y eso que actualmente el desarrollo se limita a un tercio de la población mundial! ¿Qué pasaría si este desarrollo se extendiera a todos los países de la Tierra? ¿Resistiría ésta tanta agresión?

Es evidente que no se puede universalizar el grado de bienestar del Norte rico. Tampoco se puede contener por mucho tiempo el malestar del Sur pobre sin que haya una explosión social. Ni mucho menos se puede adoptar una actitud de “¡sálvese quien pueda!”; esto provocaría una agresión a la naturaleza y una violencia de unos contra otros que acabaría en la destrucción o el suicidio colectivo.

Se impone una solidaridad inteligente que tenga en cuenta los límites ecológicos, los niveles óptimos de población, los recursos reales y el grado de bienestar compartido por toda la humanidad y no limitado solo al Norte.

Los dos grandes problemas de nuestro tiempo (destrucción del medio natural y desigualdades Norte/Sur) están tan estrechamente relacionados, que cuando el uno se agrava, el otro también. Por tanto, la solución tiene que ser también conjunta. Ir hacia unas relaciones más justas entre el Norte y el Sur supone:

- no expoliar los bosques del Sur para abastecer las industrias del Norte;
- no exportar los residuos tóxicos del Norte a los países y mares del Sur,
- no fabricar armamento en el Norte para venderlo en el Sur;
- no abaratar los productos agrícolas en el Norte para ahogar los productos del Sur,
- no embargar las economías del Sur con unos préstamos que no pueden pagar;
- sí invertir en programas de desarrollo, para que la gente no se vea obligada a emigrar;
- sí promover la transformación social desde los destinatarios, respetando y potenciando su cultura;
- sí favorecer la participación de la gente en la marcha del país;
- sí potenciar el círculo virtuoso, invirtiendo en educación, sanidad, promoción, empleo, producción...;
- sí perdonar la deuda que no puede pagar.
-

Solidaridad sin crear dependencias.

Las ayudas que prestan los países ricos a los países del Tercer Mundo ¿los liberan de verdad o los hacen más dependientes y esclavos? La verdadera solidaridad exige un esfuerzo por parte de todos. Este esfuerzo supone unas relaciones más justas entre Norte el Sur.

El ejemplo de Jesús.

Jesús sentía verdadera predilección por los pobres y marginados. ¿Es que a los demás no los quería? Jesús amaba a todas las personas; el amor, cuando es auténtico y

sincero, lleva a la identificación con la persona amada. Por eso Jesús se hizo igual a nosotros, para que en Él pudiéramos identificarnos todos.

Este amor le llevó a identificarse con los más pobres y humildes, pues el amor hace iguales a los que se aman. Jesús no podía identificarse con los ricos que se habían distanciado de los pobres, creyéndose superiores, despreciándolos, privándoles de lo necesario, marginándoles. Jesús quería liberar a todos: a unos de su pobreza y miseria y a otros de su egoísmo y ambición ciega.

Su amor a la humanidad le hacía sentir la pobreza de los pobres, el hambre de los hambrientos, el dolor de los enfermos. Salía al encuentro de los que venían cargados de dolencias y sufrimientos; acogía a los que sufrían la soledad y el rechazo; sabía lo que pasaba por dentro de una persona cuando era despreciada y marginada, cuando no tenía trabajo, cuando era explotada, cuando no podía alimentar a los suyos ni darles casa.

Testimonio de la Iglesia.

A ejemplo de Jesús, la Iglesia acompaña su mensaje de salvación con hechos, signos y testimonios, acciones concretas, proyectos y realizaciones. Ciertamente, la Iglesia proclama un reino de Justicia, Paz, Libertad, Verdad y Amor. Y ruega a Dios pidiéndole: “Venga a nosotros tu Reino” y “Danos hoy nuestro pan de cada día”. Pero no se conforma solo con predicar o rezar, sino que acompaña su oración con el trabajo diario, promoviendo los valores del reino que puso en marcha Jesús.

Acción Pastoral.

La Iglesia está presente en todo el mundo. Su acción pastoral se extiende al ámbito social, asistencial, educativo, cultural. Solo en España, la Iglesia presta servicios sociales y asistenciales a cerca de un millón y medio de personas desatendidas. Dispone de unos 3.000 centros sociales diocesanos.

En Cáritas trabajan unos 25.000 voluntarios dedicados a la atención de disminuidos físicos, ancianos, transeúntes, inmigrantes, drogadictos. También dispone de unas 900 casas para ancianos, enfermos crónicos, inválidos y minusválidos, y de unos 200 orfanatos.

Acción Misionera.

La Iglesia Católica tiene unos cien mil misioneros en todo el mundo, de ellos unos 25.000 son españoles. A través de las Obras Misionales Pontificias, las distintas comunidades católicas de todo el mundo envían asistencia económica a todas las misiones, siendo distribuida equitativamente, según las necesidades de cada misión. En 1.997 la Iglesia española cooperó con más de 2.500 millones de pesetas. Pero son tantas las necesidades, que la ayuda enviada de todo el mundo solo satisface un tercio de las cantidades solicitadas.

En 1.998 fueron asesinados siete misioneros en Ruanda, tres en la República Democrática del Congo, dos en la India, un obispo en Guatemala, un religioso en Paraguay, un obispo en Venezuela y un sacerdote en Brasil. Misioneros expulsados por denunciar la violación de derechos humanos en Chiapas (México), Ruanda, Cuba y Laos. Tres misioneros fueron secuestrados en Sierra Leona y dos misioneras en Ruanda. También han sido encarcelados varios cristianos laicos, sacerdotes y un obispo en China, dos misioneros en la República Democrática del Congo y un sacerdote en Laos.

Colaboración con las ONG.

La Iglesia colabora también con organizaciones y personas de voluntad que se esfuerzan por promover la justicia, la paz o la libertad, gente buena que lucha por la promoción de los pueblos menos desarrollados, por la integración de los marginados, por los transeúntes sin hogar, por los ancianos abandonados, contra la explotación de los niños, contra el hambre y la pobreza, contra la violencia y la guerra, contra la destrucción del medio natural, etc.

Cada día crece el número de voluntarios que se incorporan a ONG para colaborar desinteresadamente en la construcción de un mundo mejor.

TEMA 6: El mal en el mundo.

OBJETIVOS.

En esta unidad nos proponemos:

1. Tomar conciencia de la **presencia del mal** en el mundo y sensibilizarnos ante el dolor de las personas que lo sufren.
2. Preguntarnos **por qué existe un mal** y conocer las distintas respuestas.
3. Preguntarnos también por el **silencio de Dios ante el dolor** de tantas personas inocentes que sufren injustamente y buscar la respuesta.
4. Analizar y tratar de entender los textos bíblicos que hablan del **pecado original como origen del mal** y del estado de corrupción general que hay en el mundo.

El dolor de la guerra y del terrorismo.

Después de la segunda guerra mundial, que tanto sufrimiento causó a la humanidad, muchas naciones se unieron a la ONU con el propósito de evitar que se produjeran más guerras. Desde entonces no se ha producido ninguna conflagración mundial, pero sí muchas guerras locales. EN la actualidad existen más de ochenta países en guerra. La mayor parte de los conflictos armados se producen en África, bastantes también en Asia, algunos en América Latina y uno terminó recientemente en Europa. De todos estos países nos llegan imágenes y testimonios de sufrimiento que no pueden dejarnos impasibles:

- Salima Ghezali, periodista argelina, escribe: “Hoy sufrimos el mismo dolor físico y psíquico que en la guerra por la independencia: torturas, odio, desvalorización, hordas de bárbaros, integristas islámicos...”.
- Mari Carmen Álvarez, misionera en Ruanda: “Hablar de Ruanda es mencionar matanzas, guerras, secuestros... Es duro para los cristianos hablar del Dios del amor y de la esperanza después de hechos tan sangrientos”.

El dolor del hambre y del paro.

Según UNICEF, cada día mueren de hambre más de 35.000 niños en todo el mundo. Y unos dos mil millones de personas sufren desnutrición. ¿Quién no se ha sentido sobrecogido ante las imágenes de niños desnutridos que nos llegan a través de los medios de comunicación?

“Cuando ves morir de hambre a un niño en tus brazos, ya no eres la misma persona. Tengo el alma partida, la cabeza hueca y el corazón roto”, decía Rosa Muñoz, misionera en Sierra Leona. “Me gusta comer, pero cuando veo personas hambrientas se me quitan las ganas”, decía un niño al ver imágenes de Ruanda.

En 1.997 había unos 18 millones de parados solo en Europa, el continente donde menos parados hay. El dolor de los parados es sobre todo moral. “Me siento inútil, inservible, basura”, decía un parado ante las oficinas de empleo. Durante su

juventud se preparó con toda ilusión. Hoy tiene 40 años; lleva cinco en paro y ha perdido la esperanza de encontrar trabajo. En su rostro lleva las marcas de la frustración, pobreza, complejo de inutilidad, desmoralización, decaimiento y desilusión.

El dolor de la soledad y el rechazo.

Nuestra sociedad cuenta con muchos medios de comunicación, pero falta contacto, conocimiento personal, sentimiento de pertenencia mutua, sentido de familia o de comunidad. Cada vez son más las personas que se sienten solas a pesar de estar rodeadas de gente; sobre todo en las ciudades, donde las personas pueden verse todos los días y no conocerse. Incluso ha habido casos de personas que llevaban varios días muertas y nadie se había enterado, nadie las había echado de menos.

Es especialmente preocupante la situación de las personas mayores. Alfonso y Alicia son un matrimonio anciano, con cinco hijos ya casados y con once nietos. Pero la mayor parte del tiempo están solos. Sus hijos y sus nietos no tienen tiempo para ellos. Todos los días se levantan, se sientan y a esperar la hora de ir a la cama. Todos los días igual. Viven sin alicientes. “Los hijos no nos necesitan”. “Somos un estorbo”.

Los prejuicios, la intolerancia, el racismo, la xenofobia o simplemente los sentimientos de antipatía suelen llevar a rechazar, marginar o despreciar a otras personas, haciéndoles sufrir. A veces la misma vida social, las relaciones profesionales o amorosas hacen que algunas personas no se sientan aceptadas ni integradas o sufran complejos y se automarginen.

Nacho ha sido rechazado por la chica a la que ama. Llevaban amo y medio saliendo. Hace un mes le propuso formalizar su relación. Pero ella tiene miedo, por un fracaso anterior; además, vive bien y no quiere complicarse la vida. Ahora Nacho se siente dolido, humillado y desesperado. Sabe que hay otras chicas, quizá mejores, pero él solo quiere a una. Y no se la puede quitar de la cabeza. Está distraído, duerme mal, está flotando en un mar de dolor.

El dolor de la enfermedad y de la muerte.

La enfermedad es un mal que no pasa de lejos a ningún ser viviente. Más tarde o más temprano, todos sufrimos su impacto. Cuando la enfermedad es grave, nos arranca del entorno habitual, nos impide participar en la vida social, mutila nuestras funciones creativas, derrumba los planes que daban sentido a nuestra vida, desarraiga sentimientos de autosuficiencia, nos deja en un estado de evidente indigencia y necesidad.

Hace cuatro meses que a Paloma le diagnosticaron un cáncer diseminado. No había nada que hacer, su única posibilidad era intentar paliar el dolor que producía el tumor. Ha estado yendo a una unidad del dolor, pero no quiere volver más. Aunque tiene buenos momentos, hay muchos que son insoportables. EL dolor es tan intenso, tan profundo, que parece nacer de la misma carne y

devoraría por dentro. Cuando el dolor vuelve al poco rato de haber tomado las pastillas, al dolor se le suma la desesperación.

La muerte es una realidad dolorosa por la que todos tenemos que pasar, es una condición de la naturaleza y, como tal, insuperable e incluso necesaria: ella hace posible la historia como sucesión de generaciones. Pero a diferencia de los otros seres vivientes, el ser humano sabe que va a morir, sufre y se pregunta por qué.

Quizá podamos eludir las preguntas que la muerte nos plantea y el sufrimiento que provoca. Pero no podemos evitar la experiencia de desgaste a que estamos sometidos ni los sentimientos de dolor ante la muerte de personas queridas, o ante los peligros a que estamos expuestos: accidentes, violencia, guerra, etc. La muerte violenta tiñe de indignación el sentimiento de dolor que produce la muerte natural.

El dolor físico y moral.

El ser humano sufre de muchas y variadas maneras.

El sufrimiento es algo todavía más amplio que la enfermedad, más complejo y a la vez aún más profundamente enraizado en la humanidad misma. Una cierta idea de este problema nos viene de la distinción entre sufrimiento físico y sufrimiento moral.

Esta distinción toma como fundamento la doble dimensión del ser humano, e indica el elemento corporal y espiritual como el inmediato y directo sujeto del sufrimiento. Aunque se pueden usar como sinónimos, hasta cierto punto, las palabras “sufrimiento” y “dolor”, el sufrimiento físico se da cuando de cualquier manera “duele el cuerpo”, mientras que el sufrimiento moral es “dolor del alma”.

Se trata, en efecto, del dolor de tipo espiritual, y no solo de la dimensión “psíquica” del dolor que acompaña tanto el sufrimiento moral como el físico.

La terrible verdad del dolor.

El mundo contiene belleza, armonía y bienes que nos hacen gozar. Pero también contiene males que nos hacen sufrir. Incluso da la impresión de que el mal triunfa sobre el bien y que todo está abocado a la muerte: La armonía de la naturaleza se quiebra repentinamente por terremotos que causan sufrimiento; el equilibrio ecológico se sustenta en algo que nos resulta cruel: numerosas especies animales viven solo para ser devoradas por otras; el ritmo de la vida está sometido a un ciclo de muerte; nace, crece, madura y desaparece.

Según Buda, “todo es dolor”; esta es la primera noble verdad. Y no se refería solo al dolor físico, sino sobre todo al dolor moral y espiritual: la vida es dolor porque es precaria, efímera, aparente, frágil. Así mismo, para Schopenhauer el mundo de nuestra representación es solo apariencia y el dolor es el sentimiento fundamental de todos los seres, porque es la esencia del universo.

El sufrimiento es una realidad terriblemente verdadera e incluso atroz y desgarradora. Dolores físicos, morales y espirituales afligen a la pobre humanidad de todos los tiempos. Debemos estar agradecidos a la ciencia, a la técnica, a la medicina, a las organizaciones que tratan, por todos los medios, de aliviar el sufrimiento; pero este parece quedar siempre victorioso (Juan Pablo II).

El mal es una realidad que no pasa de largo a ningún ser viviente. Podemos cerrar los ojos o alejarlo de nuestra mente. Pero antes o después tendremos que sufrirlo. El sufrimiento es inherente a nuestra condición; ignorarlo es ignorar lo que somos y creernos los que no somos; cerrar los ojos al dolor ajeno es sencillamente cruel, pues es cuando más nos necesitamos. Por eso es necesario asumir el dolor de una forma consciente y ver el mejor modo de combatirlo.

¿POR QUÉ EXISTE EL MAL?

Cuando alguien se ve en peligro, suele invocar espontáneamente a Dios para que lo libere del mal. Ya desde la Antigüedad se pensaba que el mal era causado por un dios maléfico o por un agente enemigo de Dios. También se creía que podía ser un castigo de Dios por los pecados de los humanos.

En Persia, **Zoroastro (Siglo VI a.C)**, enseñó que existe un dios bueno (ORMUZ) y un dios malo (AHRIMÁN), que están permanentemente en lucha. El mal tiene su origen en el dios malo o principio del mal. Esta idea dualista reaparece en el maniqueísmo, movimiento filosófico-religioso fundado por **Manes (Siglo III d.C)**, que hablaba de dos principios, uno bueno, simbolizado por la luz, y otro malo, representado por las tinieblas y encarnado en la materia.

Epicuro (S.III a.C), se preguntaba: “Si Dios es bueno, ¿de dónde procede el mal? O Dios no quiere impedir el mal, y entonces no es infinitamente bueno; o no puede impedirlo, y entonces no es omnipotente, si no quiere ni puede, es envidioso y débil a la vez”.

Epicuro enseñaba a buscar el placer y a suprimir el dolor. No es que fuera hedonista; su enseñanza moral se basa en el uso racional del placer y, por tanto, en la ausencia del dolor; enseñaba a aceptar la muerte con naturalidad y a no temerla, “pues mientras existimos, la muerte no existe, y cuando la muerte está aquí, ya no existimos”.

Por el contrario, **Buda (Siglo VII a.C)**, enseña que la causa del dolor está en el deseo de placer, en el apego de las cosas, en la afirmación de sí mismo; “El origen del dolor es el deseo que conduce a la reencarnación, ese deseo que está unido al placer y a la codicia, que busca el placer aquí y allá, deseos de lo sentido, deseo de perpetuarse, deseo de destruirse” (Sermón de Benarés). Consiguientemente, el dolor se elimina si se logra extinguir el deseo, acabar con la codicia, renunciar al placer, disolver el yo y liberarse de sí mismo. Para ello Buda propone seguir el camino recto

que conduce al nirvana, un estado de sosiego y beatitud, una felicidad que no consiste en la satisfacción de los deseos, sino en la carencia de ellos.

¿Castigo divino?

Albert Camus plantea el porqué del sufrimiento en su novela *La peste*. La ciudad de Orán se ve invadida por esta terrible epidemia. Rieux, un médico ateo, se esfuerza por salvar la vida de los apestados. Por otra parte, un sacerdote, el padre Peneloux, intenta hacerles ver el sentido de sus sufrimientos, presentándolos como castigo de Dios por sus pecados. Ambos coinciden junto al lecho de un niño que está a punto de morir en medio de horribles dolores: “¿También este niño sufre como castigo por sus pecados?”, pregunta el médico al cura, y añade con amargura: “Me niego a amar esta creación donde los niños son torturados”.

Dostoievsky plantea el mismo problema en su novela *Los hermanos Karamazov*; Iván, uno de los tres hermanos, se rebela contra los males y sufrimientos que hay en el mundo, especialmente contra el dolor de niños inocentes: “Yo acepto a Dios... y creo en la eterna armonía en que al parecer debemos entrar algún día.... Pero me niego a aceptar este mundo que ha creado.... Es del todo incomprensible por qué daban pagar esa armonía con su dolor inocente”.

En la **tragedia griega** el problema del sufrimiento humano como castigo de los dioses adquiere dimensiones verdaderamente trágicas. Héroes como Ulises, Edipo o Prometeo se rebelan contra la trágica suerte de las condición humana y son castigados por los dioses a sufrir las más terribles pruebas a que puede ser sometido el ser humano.

También en **el libro de Job** se plantea el problema del sufrimiento humano. El autor del libro de Job crea un personaje que tiene todas las bondades a las que podía aspirar cualquier persona de aquella época: era honrado, íntegro, justo, temeroso de Dios y rico. Tenía diez hijos, numerosos amigos, siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de asnas y un gran número de sirvientes. Era el más importante de los habitantes de Oriente (Job 1, 1-3).

Job pasa por dos pruebas terribles. En primer lugar, incendios, tornados y razias (incursiones, correrías en un país enemigo, sin otro fin que la destrucción o el saqueo) le privan de sus bienes, de sus servidores y de sus hijos. Job sufre esta terrible desgracia con una fe imperturbable y sin quebrantos: “El Señor me lo dio, el Señor me lo ha quitado. ¡Bendito sea! (Job 1,22).

La segunda prueba es más terrible: Job sufre en su cuerpo llagas malignas que le obligan, como a cualquier leproso, a refugiarse en un muladar fuera de la ciudad (Job 2,8). Entonces Job se rebela, maldice el día en que nació, protesta y reclama justicia.

¿Un misterio?

Ninguna explicación logra responder de una manera racionalmente satisfactoria a la pregunta sobre el origen del mal y del sufrimiento. También nos cuesta admitir que el mal sea “un puro hecho natural basado en la tendencia al desorden de las delicadas arquitecturas orgánicas, sin más sentido que el azar o la necesidad”, según afirmaba Jacques Monod; o que es “un momento necesario en el proceso o movimiento del universo”, según decía **Hegel**.

Tampoco podemos decir que el mal sea simplemente un castigo, aunque existe una tendencia humana a considerarlo como un castigo divino o una “mala pasada” del destino. También dentro del cristianismo existe una creencia bastante generalizada de que todos los males que sufre la humanidad, en general, y el individuo, en particular, son un castigo de Dios por los pecados cometidos.

Esa falsa creencia tiene su punto de referencia en los textos bíblicos que basan el orden moral en el sentido trascendente de la ley de Dios y de su justicia. “Si es verdad que el sufrimiento tiene un sentido como castigo cuando está unido a la culpa, no es verdad, por el contrario, que todo sufrimiento sea consecuencia de la culpa y tenga carácter de castigo. La figura del justo Job es una prueba elocuente en el A.T.” (Juan Pablo II, *Salvifici dolori*, 11).

Efectivamente, a pesar de todos los males que sufre, Job es un personaje justo e inocente. Y aunque sus amigos tratan de convencerle de que todos los males son un castigo por alguna culpa, Job insiste en que es inocente, aunque no comprende el porqué de sus sufrimientos.

Pero sobre todo, el sufrimiento de Cristo es señal inequívoca de que el dolor no es castigo de Dios ni está necesariamente unido al orden moral basado en la justicia. La pasión y muerte de Jesús nos sumergen en un misterio, el misterio del justo que sufre injustamente, el misterio del inocente que sufre sin comprender por qué.

El sufrimiento es una realidad misteriosa y desconcertante que hace dudar de Dios: ¿Cómo un Dios bueno y poderoso permite el sufrimiento de personas justas e inocentes? Pero sin Dios, el problema del mal se agrava aún más: Si Dios no existe, ¿qué esperanza les queda a los que han muerto injustamente luchando por la justicia, qué esperanza cabe para las víctimas del mal?

EL SILENCIO DE DIOS.

Abandono de Dios.

“Lo que más le duele al enfermo es verse abandonado de los suyos”, decía un paciente. Efectivamente, lo más terrible del sufrimiento es el abandono, la apatía e indiferencia de las personas en las que confías y a las que amas.

Todo sufrimiento extremo contiene la experiencia del abandono de Dios. En lo más profundo del sufrimiento los seres humanos se sienten abandonados y desamparados de Dios. Lo que daba sentido a su vida, está vacío y se ha reducido a la nada: se ha manifestado como un error, como una decepción, como un desengaño.

Job sufre por la pérdida de sus bienes, de sus criados y de sus hijos; sufre por su enfermedad, por el rechazo de la sociedad y por la incomprensión de su mujer y de sus amigos. Pero, sobre todo, sufre por el abandono de Dios: “Grito hacia ti y no me respondes... ¿Por qué no quedé muerto en el seno materno? ¿Por qué no expiré recién nacido? (Job 3,11).

En Jesucristo, el abandono de Dios se hace patente en la agonía del huerto de los olivos: “Triste está mi alma hasta la muerte” (Mc 14,34). Pero es sobre todo en la cruz donde muestra con toda crudeza y angustia el dolor que le produce la ausencia de Dios: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Mc 15,34).

En Jesucristo, el sufrimiento ha sido vencido por el amor: “Porque tanto amó Dios al mundo, que le dio su unigénito Hijo, para que el que crea en El no perezca, sino que tenga la vida eterna” (Jn 3,16). Cristo sufre inocente y voluntariamente; su sufrimiento es la expresión del amor más puro, un amor más fuerte que el dolor y que la muerte.

El sufrimiento humano ha llegado a su culmen en la pasión de Cristo: en Getsemaní y en el Calvario. A su vez, la pasión de Cristo ha entrado en una dimensión completamente nueva: ha sido unida al amor que da vida, al amor creador y salvador de Dios.

La salvación, lo mismo que la creación, solo pueden entenderse como un acto de amor. Efectivamente, solo la lógica del amor puede dar razón del origen de la vida en su total gratuidad; y solo el amor puede eternizar y llevar a la plenitud lo que gratuitamente ha creado.

En Jesucristo Dios se manifiesta como amor. Pero el poder del amor no es como el de los poderosos de la Tierra, que someten y dominan a los más débiles. El poder del amor es como el de los padres que aman a todos sus hijos, pero sienten especial ternura por los más débiles. El poder del amor es la solidaridad.

En Jesucristo Dios se hace condolencia, para que todos los que sufren puedan encontrarse con Él en su dolor. El dolor, cuando es compartido, se humaniza y se sobrelleva mejor, como testimonia Fernando Urbina:

“Desde mi experiencia de 40 años de existencia dolorida resuenan en mí las palabras: “Triste está mi alma hasta la muerte”, y “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me

has abandonado?”. En las situaciones límite, he entrado en ese espacio simbólico que es la agonía del Huerto y el viernes santo, y he comprendido algo que es casi indecible”.

¿PECADO ORIGINAL?

Pecado de origen.

El ser humano padece de un mal o desorden ya en su origen, en su misma raíz; antes de cualquier decisión personal de su propia voluntad. Efectivamente, ¿quién no ha experimentado dentro de sí unas tendencias que le inducen al mal?

Cuando “hacemos el mal que no queremos?, entonces sentimos que las raíces del mal van más allá de nuestra propia voluntad; se extienden a nuestra naturaleza. No es que seamos malos por naturaleza, al contrario, hemos sido creados en estado de gracia e inocencia: en lo más profundo de nuestro ser encontramos bondad, amor, deseo de justicia, paz, verdad...

Pero nuestra naturaleza está dañada de raíz; de ahí nuestra tendencia al mal, nuestro afán de dominar y someter a los demás, nuestro sentimientos de odio, venganza, soberbia, envidia, avaricia... Somos naturaleza y dependemos de ella, a veces por encima de nuestra voluntad.

Dentro de nosotros sentimos la presencia e un desorden o mal moral que nos lleva a hacer el mal, a veces sin darnos cuenta o sin quererlo. Esta experiencia del mal es la que hace decir al salmista: “Mira, en la culpa nací; pecador me concibió mi madre” (Sal 50,7). No es que nuestra madre sea culpable, sino que ya desde antes de nacer somos víctimas de una situación de desgracia que nos rodea y nos precede.

Origen del Pecado.

El mal es un misterio que nos envuelve y nos trasciende personalmente: el mal está en la raíz misma de la humanidad. Hay quien considera esencialmente malo al ser humano.

La Biblia nos revela que la humanidad, de la que todos participamos, está dañada de raíz, pero no es esencialmente mala; al contrario, fue creada en estado de inocencia y de justicia: “Y vio Dios todo lo que había hecho: y era bueno” (Gn 1,31).

Sin embargo, algo ha ocurrido en la raíz misma de la humanidad que ha infectado el mal a todos los seres humanos. La Biblia relata de un modo simbólico esta experiencia sobre el origen del pecado:

La serpiente era el más astuto de los animales del campo y dijo a la mujer: “¿Sabes por qué os ha dicho Dios que no comáis de ningún árbol del jardín?”. La

mujer respondió: “Podemos comer de todos menos del árbol que está en el centro del Jardín; Dios nos ha dicho: no comáis de ese árbol pues moriréis”.

Dijo la serpiente: “No moriréis; es que Dios sabe que si coméis de él, se os abrirán los ojos a los dos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal”.

La mujer vio que el árbol era apetitoso, atrayente y deseable porque daba inteligencia; tomó del fruto, comió y ofreció a su marido, el cual comió. Entonces se le abrieron los ojos y se dieron cuenta de que estaban desnudos; entrelazaron hojas de higuera y se las ciñeron (Gn 3, 1-7).

El relato bíblico describe una escena profundamente significativa; la escena representa a Adán y a Eva ante el árbol de la ciencia del bien y del mal, símbolo de la sabiduría de Dios.

Comer del árbol significa querer ser como Dios en el conocimiento del bien y del mal, querer ocupar el lugar de Dios, querer imponer nuestras reglas, mandar y dominar sobre los demás.

El pecado, por tanto, no consiste en comer del árbol, sino en querer ser como Dios, en rebelarse soberbiamente contra el amor divino e introducir el amor propio; en creernos dioses; creer que lo vemos todo porque tenemos ojos; creer que lo sabemos todo porque tenemos inteligencia; creer que lo podemos todo porque tenemos fuerza.

¿Quién ha introducido en nosotros esta soberbia, ese afán de dominar sin amar, de saberlo todo sin tener capacidad para ello, de poseerlo todo sin ser dueños creadores de la vida? Solo pudo ser un enemigo de Dios y un envidioso de la felicidad humana.

El autor sagrado no indica su nombre ni su identidad; habla de la serpiente en cuanto que es símbolo del mal: animal peligroso que acecha al hombre, le muere y desaparece, pero su mordedura engendra la muerte.

La serpiente representa al tentador que nos halaga con palabras engañosas, con promesas imposibles de cumplir y creencias falsas. El hombre lleva en su carne la mordedura de la serpiente: se siente tentado a ser como Dios, pero se ve desnudo y vacío.

Al verse desnudos y sin dignidad, Adán y Eva, que representan a todo hombre y mujer, huyen de la mirada de Dios: sienten vergüenza al ver tan vacío su corazón, donde no hay nada de amor ni gratitud; se cubren de apariencias y de mentiras para tapar así sus vergüenzas; pierden la inocencia y la felicidad; en eso consiste su pena y su castigo.

El paraíso perdido.

El pecado original ha sido definido como “una situación de desgracia general que envuelve a todos los hombres antes de cualquier decisión personal de su propia libertad (K.Rahner).

Esta situación de desgracia no es natural sino histórica; es decir, no pertenece a la esencia de la naturaleza, que salió buena y sana de las manos de Dios. Esta situación nace dentro de una historia que tiene su origen en el hombre.

La Biblia presenta el pecado original como una ruptura del ser humano con Dios, consigo mismo y con la naturaleza. Antes de pecar, el hombre y la mujer tenían una relación de felicidad, armonía, gratitud y colaboración con Dios. Después de pecar sienten vergüenza, ingratitud, desarmonía, rechazo, automarginación; sienten el peso de la culpa, la pena y el dolor.

Antes de pecar, el hombre y la mujer se sienten solidarios y felices. Después de pecar se hacen insolidarios: el uno acusa al otro y le echa la culpa; el más fuerte trata de dominar al más débil; tener hijos será una carga pesada y dolorosa: “Dijo Dios a la mujer: Parirás hijos con dolor, tendrás ansias de tu marido y él te dominará” (Gn 3,16).

Antes de pecar existía armonía con la naturaleza: la actividad humana era un gozo. Después de pecar la naturaleza se resiste: surge la fatiga, el sudor, las espinas: “Dijo Dios al hombre: Maldito el suelo por tu culpa... Comerás el pan con el sudor de tu frente” (Gn 3,17.19).

Estado de corrupción general.

Tras la caída de Adán y Eva, el mal empieza a extenderse como la mala hierba. La Biblia nos revela cómo el mundo está lleno de males que tienen su origen en el pecado:

- Llevado por la envidia, Caín persigue a su hermano Abel hasta matarlo (Gn 4,3-8).
- En tiempos de Noé, los hombres y las mujeres se ven sumergidos en un mar de corrupción hasta desaparecer bajo el diluvio.
- Llevados por el orgullo y la soberbia algunos hombres pretenden construir en Babel una torre que llegue hasta el cielo, quedando confundidos y humillados.
- En tiempos de Abraham, las ciudades de Sodoma y Gomorra, sumergidas en el vicio y en el pecado, desaparecen devoradas por el fuego.
- En tiempos de Moisés, los israelitas sufrieron esclavitud en Egipto, por la soberbia y ambición de unos faraones que se creían dioses.
- A causa de la idolatría, infidelidad y otros pecados, el pueblo de Israel se ve sometido a la ambición de los reyes, sufriendo injusticias, violencia, guerras y, finalmente, el destierro.